

MONTALVO FIALLOS, JUAN (1832-1889)

*RÉPLICA A UN SOFISTA SEUDOCATÓLICO*

Si en lo esencial estuvieses en un corazón conmigo, en lo secundario tendríamos poco que decir; suprimid esa contraposición que habéis hecho entre las virtudes paganas y las cristianas, entre María, madre de Dios, y Arria, mujer de Cecina Peto, y quedan cegados esos abismos tenebrosos con que nos queréis hacer temblar. Nuestro ahínco por que la mujer adquiriera nociones de la historia antigua, no denota menosprecio por la moderna; antes por el contrario suponemos necesaria y perfeccionada ya la educación religiosa, para que vengamos a proponerla como cosa nueva de la cual convendría tener conocimiento. María es el primer nombre que la niña pronuncia, con él principian los ejercicios de su habla, con él suelta la lengua. ¿No la veis cómo hace altarcitos y oye la misa que un rapaz de la familia ahí luego se la dice? Bien se me alcanza que la pura y limpia virtud, virtud del cielo, está en la ley cristiana, ley de Dios; mas si los antiguos griegos y romanos practicaron gran parte de ella, ¿diremos que no fue virtud, porque el Redentor no había aún venido al mundo? Virtud fue la de Sócrates, sabiduría la de Platón. ¡Cómo! Sócrates practicando y enseñando el sufrimiento; Sócrates sufriendo y aconsejando la pobreza; Sócrates poniendo por obra y prescribiendo la modestia; Sócrates hablando en todo caso la verdad; Sócrates humilde, morigerado, cuerdo; Sócrates benigno, pulcro, suave, ¿no fue virtuoso verdaderamente? Todo lo que Jesucristo predicó después, Sócrates lo practicó antes; casi todo lo que Sócrates practicó antes, Jesucristo lo enseñó después. Si Sócrates viviera en tiempo de Jesús, hubiera sido el primero de sus discípulos, él le hubiera bautizado en el Jordán. Sócrates es uno como profeta, precursor del Mesías, en cierto modo, a quien han venerado los siglos como honra casi divina del género humano. Filósofo sin par, hombre inferior tan solamente a Jesús, alma sublime. Sócrates, ¿no eres tú el que con mano firme rasga el espeso manto que envolvía el mundo, y con mirada clara distingue allá un solo Dios eterno?, ¿no eres tú el que pone escuela de grandeza de alma y bondad de corazón?, ¿no eres tú el que muere por la sabiduría? El Salvador se hallaba aún lejos de acometer su grande obra, y ya en la tierra había un hombre que le anunciaba con las suyas: éste era Sócrates. Y porque no tuvo el nombre de cristiano, ni lo pudo tener, ¿hemos de llevar a mal se le ponga como ejemplo de moral y sabiduría? Nosotros no hemos dicho que debemos sacrificar un gallo a Mercurio el rato de la muerte; fuera de esta vana condescendencia, Sócrates fue verdadero y buen cristiano, y el padre del universo le ha bautizado en la ciudad de Dios. Sancte Socrate, ora pro nobis! exclama Erasmo, arrebatado de admiración por la virtud de este hombre excepcional: ¡San Sócrates, ruega por nosotros! Y Erasmo no fue gentil, sino cristiano, y muy cristiano, más caritativo, sin duda, que los santos que mandan arbitraria y sanguinariamente a los infiernos a los varones más claros y virtuosos que ha dado de sí la especie humana. ¡Ay de ti, Aristóteles!, dice San Jerónimo, que eres alabado donde no estás, que es en el mundo, y eres atormentado donde estás, que es el infierno. ¿Y de dónde sabe San Jerónimo que Aristóteles está en el infierno? Para Santo Tomás, este filósofo estaba en el cielo, cuando le presentaba al mundo como el modelo que debía tener a la vista respecto de ideas metafísicas, estudios y sentimientos del ánimo; y Bacon, dándole el primer golpe al aristotelismo, debe ser heresiarca a los ojos de la Iglesia que por tantos años tuvo por suya la doctrina de Aristóteles. Ciertamente, la Iglesia hacía poco caso de San Jerónimo, cuando quemaba a Esteban Dolet por haber éste traducido a Platón, y no a Aristóteles; y

desterraba a Ramus, convenciéndole de haber pensado de otro modo que el Filósofo. Si la sentencia de San Jerónimo causa ejecutoria, la Iglesia ha caído en culpa mortal, proclamando por su doctor y su antorcha a un réprobo; si la Iglesia está en lo cierto, el veredicto de San Jerónimo no entraña justicia ni verdad. El conde José de Maistre, portabandera de los ultramontanos modernos, prueba con los principios de Platón la eternidad de las máximas del cristianismo, y transcribiendo las ideas de la Academia respecto del pecado original, dice: «Esta es precisamente la doctrina cristiana». No alcanzamos, pues, cómo los que a fuerza de inspiración divina han anticipado al mundo los fundamentos de la doctrina cristiana, sean condenados al fuego eterno por la Iglesia. Reinando Justiniano, Platón lo fue por un sínodo muy concurrido, dice Gibbon. ¡Qué maravilla, cuando por la propia causa que el fundador de la Academia, lo fue también Orígenes, doctor y padre de la Iglesia! Ahora, pues, si la sentencia del sínodo fue cumplida, es necedad y contradicción valerse de la autoridad de los precitos para dar fuerza y alto origen a la doctrina cristiana; si Platón, espíritu inmortal, voló y se incorporó con la llama eterna, la resolución del sínodo es vana, y aun impía.

Echad de ver la similitud que reina entre Sócrates y Jesús; uno y otro nacen para humilde cuna; uno y otro viven vida pobre, laboriosa, bienhechora; uno y otro tienen discípulos; uno y otro son denunciados, acusados, perseguidos; uno y otro apuran el amargo cáliz; uno y otro mueren a manos de los a quienes querían salvar; Jesús murió por la redención del género humano; Sócrates no murió por la vanidad. No hay sino una diferencia entre los dos maestros, pero grande, infinita, la que va del cielo a la tierra. Si deseamos imitar a Sócrates, no echamos en olvido a Jesucristo; el punto fincará en la naturaleza de las obras que meditemos y demos a luz; si tienen por fundamento la educación filosófica, y los autores ponen la mira en el aprendizaje de las humanas sociedades y el paso común de la vida, dando por bien averiguado y admitido ya lo perteneciente a la religión, nadie les quita que se valgan de los filósofos y grandes hombres de lo antiguo. ¿Está uno hablando de Atenas y de Roma, y ha de salir con Santo Tomás y Santo Toribio? Tened conciencia, fariseos; y tened también cuidado: si empezáis ahora a echar piedras a Sócrates, podéis correr la suerte de Anito y Melito, quienes pagaron con el odio universal, con el horror de los buenos y los malos, el haber acusado al Maestro. Los siglos y las generaciones han ungido a Sócrates; es uno como gran pontífice: el que le toca, queda maldito. Ahora nos traéis a la memoria la soberbia de este gentil ante los treinta tiranos, para afearle y desautorizarle; no tardaréis en presentarle como dechado de humildad, para darnos en rostro con nuestro propio orgullo; mas ni en esta parte flaquea el parangón entre los dos maestros. La modestia de Jesús no tuvo límites en cuanto a humillaciones personales y padecimientos físicos; en yendo de su autoridad divina, siempre manifestó en su continente Y sus palabras, y, aun en sus obras, exaltación y fuerza que hicieron temblar a esbirros y señores. Herido por el criado del pontífice, con rostro sereno se vuelve y le pregunta: «Si he errado en lo que he dicho, demuéstreme el error; si he dicho la verdad, ¿Por qué me maltratas?» No de otro modo Sócrates recibe un bofetón en la calle, Y sigue su camino sin dar señales de haber caído en la cuenta del insulto. Mas ponedle a Jesús delante de Anás que le echa en cara la arrogancia y el desvanecimiento de llamarse hijo de Dios, y veréis cómo ese hombre divino sostiene lo que ha dicho, resplandeciendo en su mirada el fuego eterno del Empíreo. ¿Y es humilde por ventura cuando entra al templo y echa de él a latigazos a los traficantes que están profanando la morada de su Padre? Viendo afluir tras él de nuevo la muchedumbre que le había dejado casi solo, se vuelve hacia ella, y con acrimonia la apostrofa: «Me buscáis, no por el milagro, sino por el pan de que estáis ahítos.» Paz y serenidad fueron los caracteres morales de Jesucristo; llorar, muchas veces lloró; reír, no rió jamás, porque la alegría del mundo no fue suya. Cólera, santa cólera, afecto súbito, y necesario muchas veces, sí le animó de cuando en cuando. La Escritura Sagrada hace mención a cada paso de la ira de Dios; ésta no es soberbia; no lo fue en Jesucristo, porque no cabe semejante pasión en la Divinidad, no lo fue en

Sócrates, porque no entra ese vicio en la filosofía verdadera, la cual no es sino amor de Dios por el conocimiento de las cosas y la práctica de las virtudes. Sócrates en presencia de los treinta tiranos, recordándoles atrevidamente la sentencia de Apolo, es personaje sublime. «El oráculo de Delfos interrogado por Cerefón acerca de mí respondió: No hay hombre más justo, libre ni sabio que Sócrates.» Jactancia no, vanidad no; los dioses hablando al mundo son quienes dicen cosa tan grande; así como Jesús, oráculo más respetable, declara que Él es hijo de Dios, el Mesías anunciado al mundo por los profetas de la ley antigua. Yo sé muy bien que Jesucristo es el modelo de la virtud; su Imitación, uno de los mejores libros que han salido del corazón del hombre. Pero cuando no estamos tratando de Él, ¿quién nos prohíbe acudir a los antiguos sabios? Harto dais a entender, y en poco está no lo sentéis como principio, que fuera de la Iglesia no puede haber virtud. Para no apartarnos del mismo filósofo, una vez que tanto os disuenan los nombres gentiles, decidnos: la caridad en sí misma es virtud cristiana; en San Bruno lo es, en Santa Teresa lo es, ¿y no lo sería en Sócrates? Si en éste no fue virtud, ¿qué fue?, ¿vicio o cosa indiferente? «Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro lado», he aquí el principio de los falsos cristianos, esos que pagan el diezmo del mijo y el centeno, y omiten la esencia de los preceptos del Señor. ¿Pero no saben que Él ha maldecido, tanto a los que pagan el diezmo y no cumplen los preceptos, como a los que ayunan de manjares, y no de aborrecimiento, egoísmo y difamación? «¡Malditos seáis!» está gritando en la cumbre del Hebal. Luego pasa a la del Gazirin, y grita de nuevo: «Venid a mi, ¡oh vosotros que profesáis mi ley y la cumplís! Mi ley es verdad, mi ley es fe; benditos seáis a nombre de mi Padre.

»Si con el corazón puro alargas los brazos al cielo, y te rehúsas a lo inicuo, y no vives en pecado entonces levantarás la frente sin mancilla, olvidarás tu miseria, y no te acordarás de tus males sino como de aguas que han pasado. Y tu gloria resplandecerá como el sol del mediodía, y cuando te juzgues consumido, renacerás como la estrella matutina.

»Señor, ¿quién habitará vuestro tabernáculo, y quién reposará sobre vuestra santa montaña? El que va por el camino de la inocencia y practica la virtud; el que dice la verdad en su corazón y no oculta el artificio en sus palabras; el que no hace mal a su hermano, ni le provoca con injurias; ése cuya presencia confunde a los perversos, y honra al hombre temeroso de Dios; que hace contra el mal un juramento irrevocable, que no da dinero a usura, ni recibe presentes para juzgar con injusticia; ése, ése no irá vacilante por la eternidad.»

Así hablan los profetas encargados de desmentiros cuatro mil años antes de que brotase en el seno de la nada la burbujita miserable de la cual habéis salido, hipócritas, hijos menores de Satanás. Tenéis fe, no en la doctrina de Jesús, que es amor, compasión y fraternidad, sino en la vuestra, que es odio, fiereza y persecución. ¿No sabéis que Dios no quiere la muerte del pecador, sino su vida, y allá le está esperando con la salud eterna? «Justicia, misericordia y fe, ésta es la ley», dice el Señor. Doctores de la ley, vosotros la ignoráis; digo más; la ocultáis; más aún, la violáis a sabiendas, vuestro sacrilegio va puesto a la cuenta de la sabiduría divina, y así os vais llegando y alargando la mano a la recompensa que a los buenos ha sido prometida; pero allí está uno que os ale al paso diciendo: «Retiraos, impuros; ¡idos lejos!, vuestro camino es la hoya ahogada en sombras que estáis viendo allá negra y profunda.»

»Tribulación y angustia para el alma de todo hombre que practica el mal; del judío desde luego, después del gentil; pero honra, gloria y paz eterna a todo el que practica el bien, al judío y al gentil, pues Dios no hace distinción de personas.»

¿Lo habéis oído? Si Dios no excluye a los buenos, que sean judíos, que sean gentiles, nosotros no

podemos huir de ellos bien como de gente maldecida. Virtud es la virtud en todo tiempo y lugar; de ella hay ricas fuentes en esas tierras que vosotros cubrís de tinieblas y condenación. El Señor es magnánimo, el Señor es misericordioso: Hay muchas moradas en la casa de mi Padre, dice Él mismo; y vosotros trabajáis por volver esa casa estrecha y mezquina, donde no haya espacio sino para vuestros elegidos, y no para los elegidos del Señor: casa inhospitalaria, palacio del egoísmo, semejante al de los impíos donde no hallan entrada sino riquezas soberbias, vanidades, impudicias, gulas, ataviadas de púrpura y pedrería fina de la cabeza a los pies; casa de profanos, de tiranos, en cuyo frontispicio está grabada esta inscripción en caracteres de sangre: «Aquí no entran esos mendigos que se llaman virtudes». Los dueños de esa casa mandan echar por tierra el templo de Epidauro teniendo como tienen por insulto la advertencia de su fachada: «Aquí no entran sino las almas puras». Verdad es que ciertos sectarios hacen humildes votos, pero con trastienda por donde salen al orgullo y la condenación. Hacen voto de pobreza, para volverse ricos; voto de obediencia, para mandar a papas y monarcas; voto de castidad, para dilatarse por el mundo del pecado, sin ruido y con holgura. El monje benedictino que hizo esta leal declaración, no supo que un gran historiador la había de transmitir a las generaciones venideras. Nosotros, que si no hallamos de par en par el templo de Epidauro, no somos tampoco para huéspedes del otro palacio, no hacemos los votos del jesuita y el benedictino, y no le pedimos al Señor sino dos cosas, como el Sabio; le pedimos nos aleje de la vanidad y la mentira, y no nos abrume ni con la pobreza extremada ni con la riqueza excesiva: Dadnos, Señor, decimos, lo necesario, no sea que caigamos en la desesperación o la soberbia. San

Pablo afirma que el amor a las riquezas ha hecho perder la fe a muchos cristianos; el benedictino cuyo voto de pobreza le había producido dos millones y medio de reales por año, había perdido la fe en Jesucristo. Tesoros no hacen gloria; la pobreza aceptada, saboreada, aprovechada, ésa es riqueza; y aprovechar la pobreza es hallar uno los bienes de fortuna en el estudio de la moral y el ejercicio de las virtudes. Riquezas adquiridas con el sudor de la frente, sin ayuda de la avaricia, ¿por qué no? Poseídas con indiferencia, empleadas con discernimiento, lejos de ser peligro para su dueño, pueden ser camino de salvación. Nadie más que el rico se halla en aptitud de ser útil a sus semejantes, dando de comer al hambriento, de beber al sediento, vistiendo al desnudo y enseñando

al que no sabe. Si el cielo no está lleno de ricos y potentados, es porque el demonio abre la boca sobre ellos, y les echa su aliento pútrido, y los enajena con su magia, y los atrae como la serpiente a ciertos pájaros, y se los traga, y corre a vomitarlos en las tinieblas del infierno.

Leo con asombro en vuestro escrito: «¿Iremos a la antigua Grecia o a la antigua Roma en busca de la moral ni la virtud? Ellas son hijas de nuestra religión.» Y leo asimismo, y me consuela este pasaje de Bosset. «Poco más o menos por el mismo tiempo, Tales Mileciano fundó la secta jónica, de la cual salieron esos grandes filósofos Heráclito, Demócrito, Empédocles, Parménides; Anaxágoras, quien hizo ver que el mundo era obra de un espíritu eterno; Sócrates, que algo después indujo al género humano a la observancia de las buenas costumbres, y fue el padre de la filosofía moral.» Carneádes, Plutarco, y otros discípulos de Platón, discípulo de Sócrates, trajeron a Roma esta filosofía moral, y la enseñaron, Apuleyo Rústico, privado y ministro del emperador, está oyendo entre millares de circunstancias una disquisición filosófica de Plutarco; entra un oficial y le presenta un pliego del monarca advirtiéndole que era asunto de suma urgencia. Calla el maestro; todos guardan silencio,

mientras salía el cortesano. Mas éste suplica al orador seguir adelante, y no abre la misiva imperial sino cuando el discurso ha sido concluido. Mirad si filósofos y moralistas alcanzaban respeto en la antigua Roma, y ved allí la filosofía moral, la moral y la virtud, con las buenas costumbres a las cuales Sócrates inclinó al género humano. ¡Mi Dios! ahora no me cuelgo de la autoridad de un

gentil: Bossuet, Bossuet es mi apoyo; Bossuet, Bossuet es mi guía; Bossuet, Bossuet es mi antorcha. Él me hace ver que esos paganos, a quienes vosotros menospreciáis, son grandes filósofos; él me pone de manifiesto que esos hombres incapaces de moral ni virtud, son padres de la moral; él me persuade que esos idólatras, réprobos desde el principio de las cosas, ven el mundo construido por un espíritu eterno, y proclaman un solo Dios.

Si antes del nacimiento de la religión cristiana na pudo haber virtud, cómo lo afirmáis, venís por vuestros pasos, vendados los ojos, a ponerlos al borde de un abismo más tenebroso que ése que yo os he querido cavar; Moisés, Aarón, Josué, y tú, gran Melquisedec, no conocisteis la moral; David, Jonatás, y tu, Ratzías venerable, no tuvisteis idea de la virtud; Ezequías, Jeremías, y tú, sublime Isaías, no cultivasteis la sabiduría. Y con todo, no solamente estabais viendo a Jesucristo, sino también erais su imagen y representabais sus misterios. Eliseo preso y maniatado; Ezequiel, ahogado en un mar de zozobras y pesadumbres; Elías, la sogá al cuello; Zacarías, muerto a pedradas; Isaías, burla y escarnio del pueblo; Daniel, echado a los leones; todos fueron la prefiguración de Jesucristo, enviados por el Padre que anunciasen al Hijo para dos mil años adelante. Conocedores de la verdad,

la descubren a los hombres; dueños de la doctrina, la predicán; devotos de la justicia, padecen por ella; profetas inspirados, sabiduría es su naturaleza; santos de nacimiento, su vida es conjunto de virtudes. Y no obstante, como antes de la religión cristiana no pudo haber moral ni virtud, esos precursores del Salvador ni la practicaron ni la conocieron. He aquí los inventos de la ignorancia aguzada por el egoísmo y aconsejada por la malicia. Al oírles uno a estos sacerdotes de Teutates se figura ver a Nestorio cómo le tiende las manos al emperador para que extermine a los herejes, que para él lo eran los católicos, y cómo le ofrece el reino de los cielos en cambio del mar de sangre que le está pidiendo. Cuando Jesús le pregunte por su nombre al sabio que predica impiedad y exterminio, él ha de responder: Me llamo Legión, pues somos muchos. Muchos, sí, muchos... Muchos son los llamados y pocos los escogidos. No soy jacobita; pero de buena gana echara una piedra al sepulcro de esos mutiladores de la Divinidad, que la recortan y amenguan de suerte que bien cupiera en una pagoda de la India. El prurito de ellos es hacer pasar por herejes a los que no lo son, como si eso no fuera faltar a la caridad, romper la ley, ser impíos ellos mismos. ¡Mas cuán diversos son los juicios de Dios de los de los hombres! Mientras vosotros nos condenáis, Él nos absuelve. Y el Santo Padre que es absuelto por el juez Supremo a pesar de sus enemigos, no quiere que de esa absolución participen sus semejantes; al contrario, de una mangonada echa a los infiernos la mitad del género humano, y se está riendo de oír chirriar sus carnes en las trébedes satánicas y resonar sus huesos quebrantados en los dientes de los canes de Lucifer.

«¡Qué carcajadas han de ser las mías, qué arrebatos de placer, cuando vea a tantos reyes, tantos grandes que para el vulgo están en el cielo; cuando los vea, digo, gimiendo en las tinieblas profundas del infierno!» El lector, aterrado, imagina hallarse en presencia de Galerio, que bate las palmas y se muere de risa al ver cómo los leones devoran a los hombres vivos que él les echa por puro gusto. Lo más dificultoso de la sabiduría es poseerla con medida, dijo un gran autor pagano, siguiendo al Apóstol, quien había dicho: «Sed sabios sobriamente; no lo seáis más de lo preciso.»

« Sois generoso con el generoso, seréis terrible con el perverso.

»Vos sois, Señor, quien alimenta la antorcha que me alumbra; iluminad mis tinieblas.

»Con vuestra ayuda, ¡oh, mi Dios! cruzaré el campo de mis enemigos; con vos tendré fuerza y

agilidad para saltar sus murallas.

»Dios es más elevado que el cielo, tú, miserable criatura, no podríais alcanzarle; más profundo que el infierno, impenetrable a tus miradas. Dios es más extenso que la tierra, más vasto que la mar.

»Dios conoce la vanidad de los mortales, ve el crimen en medio de las sombras».

Sí, Dios es y hace todo eso; Dios ve el crimen en medio de las sombras; vosotros, miserables criaturas, ¿qué veis? ¿Queréis por ventura igualaros a Dios, viendo lo que no podemos ver en medio de la obscuridad que nos rodea? ¡Cuán prontos se hallan a condenar a sus semejantes esos buenos, esos píos que no quieren ver en la religión sino una estrecha cárcel, donde el hombre no puede moverse ni echar una mirada en torno suyo! Dios es más elevado que el cielo, más profundo que el infierno, más extenso que la tierra, más vasto que la mar; y lo que es Dios es su religión, elevada, profunda, extensa, vasta en todas direcciones. ¿Y tú la reduces a términos mezquinos?; ¿y tú rebajas su infinita altura?; ¿y tú le quitas su profundidad y la vuelves somera y sin asiento? «Hombrecillo de tierra, ¿de qué te ensoberbeces?; polvo y ceniza, ¿por qué te magnificas y engrandeces?» Tú no puedes tomar a Dios y medirle, y formarle según tus pasiones y tu ruin naturaleza; déjale elevado, profundo, extenso, vasto, es decir, desconocido para nosotros. ¿No sabes que Platón, con ser quien era, veía una como impiedad en el empeño por descubrir la naturaleza de los dioses? Lo más santo, lo más sabio es someterlos a ignorarla; lección de un gran doctor de la Iglesia, de la cual pudieras aprovecharte, si la mala fe y la ignorancia no te mantuvieran lejos de la virtud y la sabiduría. Tú, no solamente anhelas por conocer la naturaleza de Dios, sino que la has conocido; y conociéndola, ¡cuán triste desengaño has debido llevar, pues le viste menguado, egoísta, rencoroso, exactamente como tú, a cuya imagen le forma tu locura! Mi Dios es un misterio, misterio grande; y los misterios son las esperanzas de la muerte. Ahora, pues, como las esperanzas de la muerte son la fuerza de la vida, yo estimo que vivimos a fuerza de un misterio, el cual nos será revelado cuando esas esperanzas sean cumplidas.

No queréis ir a Grecia ni a Roma, no sea que no halléis virtudes: busquémoslas; si las hallamos, ¿qué perdéis?

No soy la sibila de Cuma que va guiando por el Averno al pío Eneas; no la sombra de Virgilio que conduce a Dante Allighieri por los Campos Elíseos, pero no soy ciego; yo veo con la sinceridad; vosotros no veis; seguidme por medio de las ruinas de Grecia y Roma. ¿Cuál es la primera de las virtudes? La primera es una ley natural grabada profundamente en el corazón del hombre, el afecto religioso, amor y temor de la Divinidad, ora la llamemos dioses, ora Dios. Veamos si los griegos la amaban y la temían. Alcibíades, ídolo del pueblo por su valor y su hermosura, sale una noche de una orgía, y entre la razón y el delirio, tambaleando por las calles de Atenas, va y mutila los Hermes sacrosantos o estatuas de los dioses tutelares. Huye al otro día el réprobo; los atenienses, exaltados, enfurecidos, le han condenado por unanimidad. Con los hombres, dijeron, sea insolente cuanto quiera el bello libertino; sus desacatos con la Divinidad, los ha de pagar con la vida. Esto en Grecia; veamos lo que pasa en Roma.

Los galos han entrado en la ciudad por fuerza de armas; Camilo Furio, en el destierro; el Senado, degollado en el recinto de las leyes. Los restos de la patria se han acogido al Capitolio, donde los está salvando la aspereza del sitio y la providencia de los penates. El enemigo tiene cercada la ciudadela; nadie sale que no pague con muerte irremisible su atrevimiento. Cayo Fabio Dorso se levanta un día, reviste los hábitos sacerdotales, toma las insignias de Roma, y con paso firme echa a andar hacia el monte Quirinal, donde su familia tenía fundado un sacrificio. Los galos, en mudo

asombro, se abren y le dejan paso libre. Consumado el sacrificio, el joven sacerdote, sereno, grave, siempre con sus insignias, vuelve, cruza el campo enemigo y entra ileso al Capitolio. He aquí el amor de la vida pospuesto a la pasión religiosa; los mártires del cristianismo no hubieran dejado ver mayor firmeza. En cuanto al atrevimiento, ésa es la virtud heroica.

Para el amor a la patria, ved al joven Curcio cómo viene por allí caballero en un bridón fogoso, ataviado con sus más ricos vestidos, haciendo escarceos y regates de triunfador. Toma distancia, vuelve el caballo, le aprieta el acicate, y, brillando al sol sus armas, se tira de cabeza en el abismo abierto al pie del templo de la Paz. El oráculo había dicho que si no se echaba en esa sima lo más precioso que contenía Roma, grandes serían las desgracias de la patria. Curcio tuvo para sí que un gran corazón como el suyo era lo más precioso, fue, y se echó por ella en el abismo.

Grecia no le va en zaga a Roma en punto de amor patrio. Por consejo de Temístocles, los atenienses han resuelto abandonar la ciudad a los persas vencedores, y refugiarse con su libertad y sus dioses en la sagrada Salamina. Un hombre llamado Circilo, buen orador, se levanta y dice en alta voz: «Atenienses, ¿queréis saber lo que os conviene y cumple? Echad fuera a ese parlanchín que os arrastra a la ruina, y quedaos en Atenas; con un pueblo sumiso, el vencedor será magnánimo.» Los atenienses, furiosos, le lapidan, y se van con su caudillo huyendo de la servidumbre. Atenas está, dijeron, donde están los libres atenienses.

Los trescientos Fabios degollados a orillas del Cremera, los tres Decios sacrificados a la patria, todo es patriotismo; patriotismo hervido en el crisol, tan refinado y puro, que pasa por sobre nosotros como una llama invisible, sin cortarnos el alma ni inflamarnos el cerebro. Vamos a ver, patriotas que habéis sindicado a Roma de falta de amor patrio, echaos en el lago fatídico, cual otros Curcios; o embestid con los sámnites, santa familia de trescientas personas, y morid sin sobrar uno, o dad a pecho descubierto sobre el ejército enemigo, semejante a los Decios. ¿Sabéis lo que habéis dicho, menguados? El patriotismo es la virtud de Roma; el amor a la patria la vuelve dueña del mundo. Las grandes acciones de nuestros tiempos no hacen sino remover para la memoria los tesoros de hazañas que están guardados en la antigüedad. La respuesta de Palafox a los franceses: ¡Guerra hasta la navaja! el acto de tragarse uno de éstos los papeles que pudieran dar luz al enemigo; el fuego metido al polvorín por Antonio Ricaurte, son hechos hazañosos verdaderamente; mas por ahí nos vamos agua arriba a dar en Mucio, en Horacio Cocles y otros brillantes personajes de la historia romana. Si ella y la de Grecia fueran estudio obligatorio para los jóvenes del día; si por ley debieran saberlas de memoria, ¡cuántos héroes, cuántos mártires no engrandecieran nuestros siglos! Los Paralelos de los varones ilustres de Plutarco han sido escuela de grandes hombres.

Los atenienses, en medio de un carácter frívolo, no anteponían lo útil a lo honesto; sabido es el informe que dio Arístides acerca del proyecto de Temístocles, que era meter fuego a la escuadra lacedemonia fondeada en el Pireo. «Atenienses, dijo el hombre justo, no puede darse concepción más provechosa para nosotros que la de Temístocles, pero tampoco hay cosa más inicua. Os aconsejo la desechéis.» Los atenienses, sin preguntar cuál fuese el plan del arconte, lo desecharon. La destrucción de Copenhague por los ingleses, el incendio de los alcázares de Pekín por los franceses, el bombardeo de Valparaíso por los españoles, no han sido aconsejados por Arístides. En cuanto a los romanos, buena fe era divinidad que comprendía todos los dioses. Numa fundó un sacrificio solemne en honor de ella; el sacerdote que debía celebrarlo iba en un carro cubierto, la mano derecha

oculta en un crespón. La buena fe es ciega: no ve sino lo justo; para lo conveniente, si hay algo que

convenga fuera de la justicia, no tiene ojos. Posible es que en el día un soldado de honor y pundonor rechazara la proposición que le hicieran de envenenar al general enemigo; mas es también probable que no le enviara al delincuente con cadenas hacia el dicho general, denunciando la infame propuesta. Cayo Fabricio, pálido de cólera, hace maniatar al médico de Pirrol, y se le envía al príncipe conquistador. Si alguna vez quebrantaron su palabra los romanos, fue conjurando la ira de los dioses con una víctima expiatoria; el convenio hecho con el cónsul que pasó por las horcas caudinas no fue admitido por el Senado, y quien más habló contra él para que se lo rechazase, fue el propio cónsul que lo había celebrado, tomando sobre sí la pena de ese concierto infamante. Lo mismo sucedió con el que hizo un tratado indecoroso con Numancia; ímprobo el Senado, y el cónsul, a petición suya, fue puesto desnudo, atado de pies y manos, bajo la muralla de la ciudad ofendida. Cuando había prometido una cosa, Roma hubiera muerto primero que faltar a su palabra, y cuando a pesar de ella se había cometido una injusticia, en la primera oportunidad la enderezaba con un acto solemne de reparación, y la majestad de la República quedaba en su punto. Ardea y Aricia tienen pleito sobre límites, y por bien de paz se quedan a la decisión del pueblo romano. Este pueblo, por consejo de un viejo inicuo, determina quitarlos de ruidos a los contendientes, adjudicándose a sí propio la parte disputada, y de hecho se la adjudica. El Senado, hirviendo de ira, esperó su vez en silencio; tan pronto como le fue posible dar la ley a la turba del Foro, devolvió a sus dueños el territorio contencioso, sin ahorrar satisfacciones. Éste es un gran pueblo. Acciones de lealtad, aún

hoy las vemos: Turena tenía entrevistas en su campo con su enemigo el gran Condé; sabiéndolo después la reina doña Ana de Austria, reconvino a su capitán diciendo: «¿Por qué no le tomabais al príncipe cuando venía a vuestro campo? -Porque temía que él me tomara a mí, señora», respondió el valiente. Mas dudo que si un general diese hoy la libertad a cierto número de prisioneros, con la condición de que si el enemigo no aceptaba tales y cuales proposiciones se habían de volver a su prisión, se volviesen sin faltar uno. Los doscientos prisioneros que Pirro mandó libres a Roma condicionalmente, se volvieron y se entregaron presos: el Senado no había aceptado la paz. Los diez prisioneros enviados por Aníbal, faltaron a su palabra; el Senado los declaró infames e inhábiles para los cargos públicos. He aquí la buena fe y la lealtad de un pueblo sabio. Entre nosotros es muy común poner en peligro a un oficial generoso que se fía en la palabra de un preso y le da permiso de salir secretamente a tomar aire y cobrar vida con una ráfaga de libertad; el preso infame no vuelve; esto no hubiera sucedido en Roma. Esas grandes virtudes no resplandecían en público, sino porque en el hogar tenían actores; un pueblo bajo y corrompido en las relaciones privadas de la vida, no será austero y sublime en la razón de Estado; los dioses pequeñuelos de la casa, al salir a la calle crecen y se convierten en Apolo y Minerva, divinidades superiores. Los romanos fueron grandes en la política, porque fueron sabios en las acciones comunes de la vida; un hombre de buena fe para con los pueblos, de buena fe ha de ser para con las personas; así Quinto Escévola, estimando inferior al justo el precio de una heredad que trataba de adquirir, de golpe añadió cien mil sestercios. «La finca que me han vendido, eso vale», dijo. Si se contentara el noble romano con dar lo que por ella le habían pedido, no hubiera faltado a la ley, pero sí a la conciencia. Teniendo por cierto que había lesión enorme, esos cien mil sestercios eran para él un robo oculto, y aun cuando del modo que el contrato había sido celebrado no cabía reclamo en ningún tiempo, no quiso ser para menos a sus propios ojos, y tuvo por mejor subir escandalosamente el precio que poseer una cosa buena y barata contra los avisos de la equidad. Estas sí que no son acciones de nuestro tiempo, sino el fraude, la mezquindad y el abuso dan la ley en nuestras compras y ventas. A buen seguro que le tuviéramos por mentecato al que fuera a dar por una cosa diez mil pesos más de lo que le había pedido el vendedor, y por lo menos sería tonto de capirote el que anduviese con escrúpulos de coger por veinte un caballo de a doscientos, en habiendo quien se le entregase. Quinto Escévola no es, sin duda,

autoridad en la mohatra, pero si hasta ahora no hemos tenido ocasión de honrar la memoria de ese hombre de bien con imitarle, nosotros, pobrecitos segundones del siglo decimonono, podemos vanagloriamos de haber dado veinte florines al mayordomo que nos pedía cuatro para un hospicio de ciegos en una ciudad del Rin, y un duro por una flor a una muchacha sin vista que las vendía cantando endechas a la Virgen. Un viejo de esos que tienen por indigno del hombre pedir limosna mientras les puede sudar la frente, vendía peines hechos de su mano en una esquina de la calle. «-¿Qué es eso? -La vuelta, señor. -¿No tenéis hijos, buen hombre? -Tengo uno, y tres netezuelos a quienes mantengo con mi trabajo. -Quedaos con la vuelta y agregad esta miseria más para el pan de esos niños.» Mirónos el viejo con semblante sorprendido, y dijo cuando nos alejábamos: «A Dios vayáis, noble extranjero.»

Asimismo se nos acuerda haber contestado con un sofión a una beata de malísimo pelaje que en Sevilla se nos llegó una vez a pedirnos un duro para el Señor de los Desamparados; y nunca le dimos ni un cuadrante a un pordiosero asqueroso que en la ciudad de Niza andaba pidiendo «para tabaco», cerrados los ojos, la pipa en la boca, escupiendo amarillo al tiempo que rogaba. Pídanos la susodicha «para los desamparados», y le hubiéramos dado cien mil sestercios; mas ella pedía para el Señor, que ni come ni bebe, y fue caso de conciencia estrellarla con una grosería contra la pared. «El Señor de los Desamparados» era probablemente un cleriganso podrido en plata, de los que ahuyentan con los perros a los pobres que se asoman por sus umbrales, o un cura de esos que amenazan con negar la sepultura a un cadáver, si no le dan cien pesos para los dijes de su barragana. Dios nos guardará toda la vida de contribuir para los vicios ni fomentar la avaricia de ciertos enemigos de Dios y de los hombres, pero el hambre será sensación divina para nosotros, si llegásemos al caso de quitarnos el pan de la boca para dárselo al desheredado que llega y cae exánime a nuestra puerta. Para el Señor de los Desamparados, para la cera del Santísimo, para las ánimas benditas del purgatorio, todo es para el cura, ese hombre sin corazón que come de gallina, y le niega al mendigo hasta los huesos; que bebe de lo caro, y no tiene en el corredor una tinaja adonde el sediento llegue a humedecer los labios. Nosotros hemos tenido la desgracia de conocer un fariseo que salió una vez con el látigo hasta la calle tras unas desgraciadas mujeres que habían ido a rogarle con lágrimas en los ojos las rebajase alguna parte de los derechos de un entierro. «¿No saben que el cura come de gallina? gritaba el impío; ¿no saben que el cura toma vino?» En el umbral de estos malos cristianos está impresa en gordos caracteres la inscripción de la casa misteriosa de Pompeya: Cave cane; ¡cuidado con el perro!

El vicario de Wakefield, el padre Cristóbal de Los desposados, los buenos y santos sacerdotes van fuera de esta cuenta. ¿Quién sería osado a motejar las obras de los verdaderos apóstoles de la doctrina cristiana y la caridad? Religión que ha formado hombres como San Bruno, San Carlos Borromeo, espíritus celestiales en figura humana, es, sin duda, la madre de las virtudes. Nosotros no nos estrellamos sino contra los prevaricadores, esos fantasmas que en silencio y en secreto son azotes que le abren las carnes a la parte más infeliz del género humano. Éstos, si compran, no compran como Quinto Escévola; ellos dicen que se parten con la Iglesia en Dios y en conciencia el fruto de sus manipulaciones; así, a lo largo de las Lagunas Meótidas, si el pescador no deja lealmente para los lobos la mitad de la pesca, van éstos y destruyen las redes. El hombre evangélico, dádnosle; ése que ayuna, y no aborrece al que come; ése que cree y no maldice al que piensa; ése que predica y no condena al sabio ni al ignorante. Piedad, caridad, benevolencia, toques son del sacerdote perfecto; y éste un santo personaje a quien aserafina el amor de Dios y el que le profesan sus semejantes, admirando virtudes tantas y tan grandes como resplandecen en su persona augusta.

Si alguna de las virtudes romanas se ha perdido casi por completo, es el desinterés; ejemplos hay, y grandes, pero tan raros en nuestra edad, que bien son una maravilla para los que los contemplan. El desinterés rayaba en lo sublime entre los romanos; el sueldo mismo, el ruin sueldo que hoy prostituye e infama a tanta gente, era desconocido en la grande época de Roma; jamás sus prohombres sirvieron a la patria por estipendio, ni tuvieron la mira puesta en las riquezas. Tiberio Graco, a quien el Senado confió una embajada solemne, no tenía sino cinco dineros por día para lo estricto necesario, y lo necesario en esos hombres era tan poco, que podían vivir a costa de nada. Hoy los embajadores de las grandes potencias tienen cincuenta mil duros de renta anual; ítem, gastos de escritorio; ítem más, palacio donde se aposentan como príncipes. ¡Y digo si esos claros varones harían gracia a su patria del quinto de su renta si se viera por ello en riesgo de perderse! Pues nosotros, pobretes republicanos del Nuevo Mundo, tenemos entendido que darle menos de doce mil fuertes a un ministro plenipotenciario en Europa sería traer a menos la Nación, y exponerle al hambre y la vergüenza a ese oficial público? A otros tiempos, otras costumbres; hoy la necesidad y el decoro exigen esas erogaciones, y no hemos de ir a usurparle sus glorias a la antigüedad, tomándole virtudes que no son para nosotros. Queda sentado, no obstante, que los romanos antiguos las practicaron a lo grande, como la buena fe de Fabricio y el desinterés de Curio. Los senadores, cuando se veían en el artículo de imponer una contribución, ellos eran los primeros que se la imponían, y siempre por mayor suma que los demás; el pueblo muchas veces fue excluido de esas derramas generales, donde los ricos daban mucho, los pobres poco. «El pueblo, dijo un orador, harto contribuye con alimentar a sus hijos». Y no ahora, que los parlamentarios se han eximido en algunas partes, o han intentado eximirse, hasta de pagar sus deudas, merced a la inmunidad, como los lores de la Gran Bretaña. Y estamos viendo cada día en nuestras repúblicas democráticas defraudar al fisco hasta los tenientes parroquiales y los gendarmes, con arrogarse el privilegio de oficio sobre las rentas del correo. Cabalmente los que tienen sueldo ¿no han de contribuir con maldita de Dios la cosa para los gastos comunes? Un tiranuelo a quien la ignorancia puede servir de disculpa, no contento con redoblar sus anualidades, ha hecho poner con sus eunucos salario aparte a su cocinero, sus criados, sus caballos, y no es encarecimiento ni puro modo de decir, sino la verdad neta. Colocadnos a este varón ínclito en frente de éstos de la antigüedad, y decidnos si ¿más ejemplos depundonor y grandeza nos ofrecen nuestros tiempo que los que llamáis abismos? «No ha habido pueblo en la tierra en donde la frugalidad, la economía, la pobreza hayan sido más ni por más tiempo honradas que en Roma.» ¿Habéis, sin duda, vosotros los enemigos de Roma, hallado la manera de darle la desmentida al gran

Bossuet, cuando decís que el amor por la historia antigua es perdición de los cristianos? Séaos remitida la culpa en gracia de vuestras cortas luces, pero si la malicia tiene su parte en sandeces tan mayores de marca, venid aquí, correveidiles del demonio, y sabed que la obediencia cadavérica no halla cabida en pechos donde amor de Dios y del género humano están hirviendo encendidos por la inteligencia que desciende sobre ellos y los crece, y los vuelve gigantes. Fabricio, Curio, Emilio Papo, vencedores de los pueblos más ricos de Italia, desdeñaron sus presentes, y no tuvieron en sus casas sino vajilla de barro. Rufino, varón consular, fue expelido ignominiosamente del Senado por el censor, porque la tenía de plata y oro. Suplamos, pues, la admiración con la difamación, y a falta de conocimiento de ese gran pueblo, maravillémonos de los nuestros, porque somos católicos, decís, aun cuando nuestra moral sea ruin, y nuestra corrupción nos pervierta el juicio, en términos que no alcanzamos a distinguir lo bueno de lo malo, lo grande de lo pequeño. Pueblo donde los hechos magnos y las virtudes humildes tenían coronas, y la corona de menos valor intrínseco era la más estimada, es, ciertamente, ejemplo muy ocasionado para los jóvenes cuyos estudios son cadenas que atan su alma a la voluntad destructora de esos maestros tenebrosos que enseñan el anonadamiento

del espíritu, y tiran sus líneas al centro de la gobernación del mundo por medio de la servidumbre y la ignorancia. Ya el concilio de Cartago prohibió a los obispos la lectura de los autores anteriores al cristianismo; esos ministros condecorados de la iglesia no debían tener conocimiento del Fedón, de Platón, ni del Edipo rey, de Sófocles, ni del libro de Los Deberes, de Cicerón. Quería vengarse el concilio, sin duda, de que San Agustín debiese su conversión a este autor sublime, según él mismo lo declara en sus Confesiones. Platón, en el Fedón, enseña primero que todos la doctrina de la inmortalidad del alma. En la tragedia citada, Edipo, empurecido y limpio con las lágrimas del dolor, sube al ciclo sin morir, cual otro Elías. Cicerón hace santos cristianos con sus obras, y nosotros, a nombre de Cristo y de la Iglesia, prohibimos esas obras. Nosotros, no; vosotros, católicos de pocas obligaciones, las habéis prohibido, y habéis hecho bien. Gregorio primero, andando el hacha al hombro por la ciudad de Roma, sin que nada quedase en pie ante ese furioso demoleedor, os ha dejado un gran ejemplo: estatuas, pórticos, bibliotecas, todo cae hecho polvo ante ese santo fundador de la civilización cristiana. Si Tito Livio se presenta, queda en cenizas, y el mundo, en fervoroso agradecimiento, santificará la memoria de ese gran Pontífice. La tiara de éste es de oro, sembrada de diamantes; la corona más honrosa de los romanos era la gramínea o hecha de grama; ésta no la alcanzaba sino el que había consumado las mayores proezas. Dudo que el servum servorum de los cristianos tuviese en más la corona gramínea que la de oro. Entre los gentiles, ésta era la última.

Justicia, amor patrio, abnegación, buena fe, desinterés, ya los hemos visto; ahora veamos otra cosa entre las ruinas de la antigua Roma. «¿Ni qué iríamos a buscar en la Roma antigua? ¿sería la libertad?» habéis dicho. Sí, en la Roma antigua iremos a buscar la libertad, que por desgracia no conocemos en la mayor parte de las naciones modernas. Hablamos de la libertad política, esa libertad que siembran y cosechan en el monte Aventino los orellanos del Tíber. No echéis en olvido que nunca me refiero sino a la Roma antigua; llegan los emperadores, cesa mi admiración por Roma. Bien se me acuerda que los Marios y los Silas, los Pompeyos y los Césares no fueron emperadores; mas éstos no pertenecen ya a la Roma antigua. La Roma de los Curcios, la Roma de los Decios, la Roma de los Escipiones, la Roma de las Lucrecias, la Roma de las Cornelias, la Roma de las Veturias y Bolúmnia, ésa es la antigua Roma. En ella iremos a buscar la abnegación, echándonos con los Decios en medio de los enemigos por salvar la patria; en ella iremos a buscar la honradez impecable, negándonos con Escipión a dar cuentas a los hombres primero que gracias a los dioses; en ella a buscar la pobreza evangélica, despreciando las riquezas con Fabricio; en ella a buscar la buena fe, volviéndonos con Régulo a Cartago.

La ley Porcia era fianza de la inviolabilidad del ciudadano; la ley Valeria prohibía el castigo de ninguno que apelase al pueblo. Que en las naciones civilizadas y cultas de Europa, donde lo que llaman garantías individuales es realmente salvaguardia de los ciudadanos, motejasen de sierva a la Roma antigua, podría uno llevar en paciencia, pero que en a nuestras pretensas repúblicas, donde las leyes están allí, y los dictadores encima; donde las garantías individuales no se hallan suspensas legalmente, y los mejores patriotas agonizan en los calabozos, cargados de cadenas que la Constitución prohíbe; donde el derecho es uno, y la voluntad ciega del que tiene las armas en la mano, otra; donde la propiedad no existe con carácter de segura ni perpetua, pues no hay revolucionario triunfante que no la hiera con mil confiscaciones nefandas o con penas que dicen la ruina de las familias; donde el soldado es dueño del caballo, el burro que encuentra en el camino, y el indio o el chagra pagan, con la vida quizá, su imprudente reclamo; donde el sagrado del hogar doméstico sufre profanaciones brutales cada día; donde colegios y escuelas son cuarteles de los enemigos públicos que se andan de aquí para allí con nombre de tropas; donde los patriotas eminentes caen bajo el puñal que el «jefe supremo» pone en manos del asesino; en pueblos y

gobiernos como éstos, digo, ¿cuál es el ignorante o el malvado que viene a celebrarlos, procurando infundir desconfianza o aborrecimiento por instituciones y naciones libres y grandes verdaderamente? Nunca en Roma el gobierno ni sus oficiales usaron de fuerza contra los ciudadanos; cuando cónsules o tribunos querían excluir de los comicios a algunos turbulentos, tenían esta fórmula comedida: Si vobis videtur, discedite, Quirites: Romanos, retiraos, si gustáis. Esto no es salir los cholos de gorra con sus fusiles, y moler a culatazos a los electores en las mesas electorales, ni los negros de lanza por las calles aterrando y dispersando al pueblo, cuando se trata del ejercicio de sus derechos. Yo le preguntaría a un elector de cabeza rota, si cuando le asentaron el garrotazo en la calva, oyó que decían: Si vobis videtur, discedite, Quirites? Lo que oyó fue otra cosa, y lo que sintió, la sangre que a chorros le estaba corriendo por tras la oreja.

Pueblo en donde la libertad es efecto de las leyes, y las leyes son sagradas, por fuerza es pueblo libre. «El pueblo más celoso de su libertad que nunca ha visto el universo, fue al mismo tiempo el más respetuoso Del poder legítimo, y el más sumiso a los magistrados.» Cuando el obispo de Meaux hacía esta declaración en el Discurso acerca de la historia universal, no pensaba que un católico semibárbaro le había de dar un grosero mentís. Triste cosa sería el catolicismo, si para que prevaleciese fuese necesario dar en tierra con todo lo bueno y lo santo que ha tenido el mundo, declarando impío el uso de la inteligencia, y pecado la investigación de la verdad en los dominios de la historia y la filosofía de las épocas más brillantes del género humano. La libertad de Roma era efecto de sus leyes; libertad es gran justicia natural; y las leyes romanas fueron obra de inspiración divina. Así como Dios ha hablado sobrenaturalmente por medio de los profetas, así ha hablado naturalmente por medio de los legisladores romanos, dice un gran doctor de la Iglesia. Adrede echó mano por esta clase de autoridades, a fin de confundiros con ellas y haceros ver que si hay algún impío y desviado, no soy yo, sino vosotros que vais contra la corriente de verdades inconcusas para teólogos y santos. Con vosotros sucede lo que con esa señora cuyo epitafio cita el obispo de Salisbury en sus viajes: «Propasándose en lo piadoso, dio en impía.» Así vosotros, por darlas de sabios excesivamente, dejáis ver vuestra ignorancia; por cobrar fama de «católicos puros», manifestáis amor nefando a la servidumbre; por daros de piadosos, caéis en impiedad, como la otra, y sois impíos. Hutchinson se enfurecía contra Newton, y le llamaba impostor mal intencionado, por haber querido dar al través con el sistema del universo del Pentateuco, y proclamaba el Pentateuco el único necesario para la felicidad del género humano. La ley de la gravitación universal; el ordenamiento de los astros y sus cadenciosas rotaciones por sus órbitas; el giro perpetuo de la tierra alrededor del sol, eran imposturas e iniquidades para ese visionario judaico; no de otro modo nuestros rabinos católicos viven empeñados en circunscribir la humana sabiduría al círculo del Índice y las encíclicas, teniendo por inútil y aun dañoso, el conocimiento de las cosas que, bien averiguadas, son la ciencia verdadera.

Queréis «la libertad de pensar, hablar, trabajar, aprender y enseñar», vosotros los enemigos de la libertad del pensamiento, la palabra, el trabajo, el aprendizaje y la enseñanza. ¿Cómo sucede que venís a querer lo que no queréis de ninguna manera? Si estamos en perpetua contradicción, y en nuestro estilo agonístico dejamos ver que seguimos rumbos encontrados, es cabalmente a causa de la guerra impía que lleváis adelante contra todas las libertades que son el fuero del género humano. Libertad de pensar es libertad de formar conceptos, opiniones; y este santo derecho es mortal para la fe; vuestro gran principio es la fe, el anonadamiento de la razón; luego no trabajáis por el imperio de esa libertad, sino por su ruina y olvido. La libertad de racionamiento va derechamente a la libertad de

conciencia; ésta es prohibida por vuestro soberano, y así no podéis quererla sin caer en rebelión y apostasía, o sois juguetes miserables de la ignorancia que no da con el toque de las dificultades. Nada os conviene menos para vuestros fines que la libertad de pensar; sin esa libertad fuera de vuestras máximas, no habríais echado al fuego infame de la inquisición a los que han cometido el crimen de pensar libremente; no mandaríais a empellones al infierno a los que se toman la libertad de pensar; no fulminaríais excomuniones ni echaríais maldiciones sobre los que piensan como filósofos y obran como sensatos. Secta mezquina y tiránica para la cual están prohibidas la historia, la filosofía, y aun las artes explayadas en los mejores libros de nuestros tiempos, ¿se atreve a decir que lo que ella quiere es la libertad de pensar? Libertad de pensar es libertad de leer; el que no lee no piensa; ahora, pues, ¿hemos de dar por concedido que piensa como sabio y discurre como libre ése para quien la lectura es delincuencia que trae consigo las penas infernales? La esclavitud del cuerpo no es nada; grillos, cadenas, bastan para imposibilitarlo; la esclavitud del espíritu, ésa donde la razón se halla presa, el discurso natural con grillete y el alma con carlanca, ésa es la triste, la infame. Servidumbre física, hanla padecido los más ínclitos varones; Platón fue esclavo del tirano Dionisio; Diógenes fue esclavo, pero, «¡cuán locos son los que me compadecen!, decía este filósofo; ¿no ven que los esclavos son los que me tienen cautivo?» Los católicos de luces y conciencia miran con horror el cadáver que simboliza el alma muerta; alma muerta llamo aquí ésa donde todas las libertades han dejado, extinguiéndose, una huella de ceniza. Montalembert, autoridad suprema de esos sectarios cuando no usa de la libertad del pensamiento, acaba de darles un revolcón; en vísperas de su muerte, se dirige al célebre anti-infalibilista Doellinger hirviendo en santa ira contra los proyectos que iban a convertirse en dogmas en el concilio ecuménico. La iglesia galicana se ha vuelto gallinero de Roma, dice en su noble exaltación, y grita porque se alcen los grandes ingenios de Francia contra los aniquiladores del pensamiento y la conciencia. ¡Ay! Dupanloup, en quien esperaba el sincero y sabio cristiano, el gran Montalembert; Dupanloup sostuvo sus principios con valor; una vez declarados erróneos por la mayoría de enemigos de la razón, se sometió a esa terrible autoridad en cuyas entrañas está brillando por las tinieblas la sala del Vehema... Dupanloup, nuevo Agustín, dijo para sí: «No creería en esto, si la autoridad de la Iglesia no me obligara a creer.» Belarmino y Baronio, siniestros oficiales de la Corte Vémica, acaban por persuadir a los escépticos: «desde la retractación de Galileo en la puerta del tormento no hay cosa que no alcance la autoridad de la Iglesia».

Libertad de hablar sin libertad de pensar, no existe; a menos que tengamos la de publicar necedades, entorpecer los derechos del hombre y proferir vituperios contra los que toman por suya su defensa. Ésta es la única libertad que gozan los católicos diferentes de Montalembert y Dupanloup, junto con la de tener encadenado el trabajo con el diezmo, el cuerpo humano con los derechos mortuorios, el espíritu con las llaves del infierno. Libertad de hablar..., la tiene el sacerdote indigno, cuando profana la cátedra augusta de la elocuencia sagrada poniéndonos ahítos de injurias y torpezas; la tiene el escritor de mala fe, cuando apellida religión y levanta unos pueblos contra otros; la tiene el devoto sanguinario cuando, como Nestorio, pide al tiranoel exterminio de los hombres de saber y entender a quienes llama «herejes», porque no saludan a su avaricia, ni mandan parabienes a su lujuria. Ésta es la libertad de hablar que propagan y disfrutan los dueños de las llaves del infierno, a cuya señal se abren sus puertas, para que entre la Legión que piensa y habla con libertad refrenada por el comedimiento, prendida en lumbre de inteligencia. En pueblos donde el papista fatídico anda con piedras en la mano para dar con ellas al que habla, ¿hay papista harto necio y bribón que venga a sacarnos en cara nuestro amor por la Roma antigua, so pretexto que ellos quieren la libertad de hablar? Quieren también, dice, «la libertad de trabajar». Falso; lo que quieren es la libertad de vivir del trabajo ajeno, de engordarse con el sudor de la frente del pueblo; de comer, beber y dormir en

brazos de la ociosidad, a pierna suelta, soñando en las bodas de Camacho, y roncando de manera de echar abajo la casa. Ésta es la libertad que defienden como la vida. Acaba un mal sacerdote y hombre perverso de negarle la sepultura a un hermano mío, el hijo más inocente y mejor que pudo dar de sí la especie humana; como no tuvo estudios, no les dio en qué merecer a estos fantasmas siniestros, monopolizadores de la gloria eterna y de los bienes del mundo. Heredero de la fe de sus padres, la obediencia cadavérica fue su ley; habitador de un monte, el cultivo de la madre tierra toda su sabiduría, y nada le acreditaba de hombre de buena familia, sino su color y sus modales. En cuanto a discusiones y controversias, nunca fueron suyas. Oír misa, ayunar, rezar; hasta prioste había sido, dándole cincuenta pesos al cura para la Virgen de Aguasanta. Si esta alma creyente, este cristiano fervoroso, persona sencilla y buena, ha sido víctima de la ferocidad del cura, ¿qué no sucedería, Dios eterno, con monstruo como yo, si no me oyese mi continua deprecación de llevarme a un pueblo cristiano y piadoso para decirme: «Cumplido es el número de tus días; ven y descansa de la vida, que para ti ha sido tan pesada.» Carlos... pobrecito, viéndolo estoy; esos ojos no vieron para la indiscreción; esos oídos no oyeron para la delación; esos labios no se abrieron para la difamación; esos pasos no se dieron para el mal del prójimo. Su silencio, su apartamiento, su humildad, los de un santo; cae un día con congestión cerebral y parálisis en la lengua al propio tiempo; ni habla, ni tiene conocimiento. Dios le mira, le ilumina por un instante; pide confesión; éste es su primero, su único cuidado. Viene el cura, y se niega a oírle, so pretexto que el testar es primero que el confesarse. Tiempo preciso, tiempo precioso; murió el desventurado. ¿Y ha habido hombre inicuo, sacerdote nefando, que le niegue la sepultura, con decir que no se había confesado? A los heresiarcas, los suicidas, los impíos, se la niega la Iglesia; a los que rechazan la confesión pudiendo hacerla; al que no puede confesarse, por falta de razón y habla, no la niega, pues no es ni sacrílego ni hereje. ¿No lo habrá sido mi hermano en el concepto de ese Caifás de aldea, cuando siempre le dio sepultura? En hallándome yo allí, no le habría aumentado «los derechos», pero sí le habría disminuido la impiedad y capado la soberbia. ¿Con que todo el secreto del catolicismo está en el dinero? No, yo no digo eso; Bossuet, Fenelón fueron católicos; el conde de Montalembert, Dupanloup, el gran obispo, católicos; estos lobos rapaces que con nombre de curas devoran las poblaciones indefensas, éstos no son católicos, mas antes judíos que venden a Cristo, y le abofetean, y le amarran, y le crucifican en sus semejantes, sus hermanos. Queréis asimismo «la libertad de aprender y enseñar», judíos; viéndolo estamos; libertad de aprender las cosas de este cura, y enseñarlas a vuestros hijos; lo que es aprender las lecciones de la sana razón, las máximas de la filosofía cristiana, las prescripciones de la religión verdadera, no es para vosotros. El vulgo del catolicismo, o más bien su parte corrompida e ignorante, es atroz; ese ahínco con que se echan a cumplir de mala fe los preceptos de la Iglesia, y ese olvido de la ley de Dios, están acreditando en ellos más malicia que ignorancia. Amar a Dios, no jurar su santo nombre en vano, honrar padre y madre, no matar, no fornicar, no hurtar, no levantar falso testimonio ni mentir; ésta es la ley de Dios. Un católico frenético, de esos que le siguen a uno los pasos, para ver si entra a misa, y le tiran de la capa apostrofándole con un insulto, si no se pone de rodillas ante un leño de figura humana que está pasando en brazos ajenos; ese intolerante sectario, propagandista grosero, digo, no lleva a mal que uno infrinja los preceptos del Decálogo, que son los que constituyen la religión propiamente dicha; un buen católico jura y perjura, deshonra padre y madre con sus vicios; mata, si se ofrece; roba, si a mano viene; mentir, por costumbre; levantar falso testimonio, cuando lo pide el caso. Nadie le dice nada, si no es algún hereje inoportuno que adora a Dios dentro de su pecho, y cultiva sigilosamente las virtudes. Pero demos que un hombre poco cuidadoso de sí mismo se aparte un punto de los mandamientos de la Iglesia; su menor tajada será una oreja. Pagar diezmos y primicias, ésta es la verdadera grandeza de la religión. Confesar por Pascua florida, y aún mejor todos los días; ponerles a sus ministros al corriente de cuanto ocurre en

el hogar, descubrirles los secretos de la familia, para que ellos los pongan a ganancia; oír misa entera y pagarla un peso entero; hacer fiestas a los ídolos, fiestas de las cuales la menor vale cuarenta pesos; ésta es la esencia de la religión; y ésta la ciencia que mis catolicones quieren aprender y enseñar; y para esto nos hartan de groserías e imperios, si ya no se vienen a las manos.

Un día pasaba yo por debajo de un arco donde hay dos mechinales; frente por frente dos santitos de palo, antiguos, viejos, sucios se están saludando de día y de noche con sendas velas a los pies. Cuando digo sendas, no quiero decir velas grandes, pues son, por el contrario, cabos pizmientos; lo que digo es que cada santo tiene su vela. Un viejo de capa, tan pringoso y churriento como esos diocesillos de la pared, puesto de hinojos en la calle, se está volviendo, ora a un lado, ora al otro, a fin de no perjudicar a ninguna de las imágenes en el repartimiento de oraciones. Iba yo a pasar, como queda dicho, cuando el ladrón me ase por la levita, y dice con furia: «¡Hínquese, ca...nalla!» Yo no sé si murió del puntapié que le di entre pecho y espalda, pero si sé que me habrían hecho pedazos los católicos, si por dicha no pierde el habla el viejo beduino, y no se ve en la imposibilidad de hacer gente. Los que pasen por debajo del Arco de Santo Domingo en la ciudad de Quito, pueden gloriarse de que están pasando por todas las calles de las ciudades de España que aún no han cobrado un resquemo de francesas. Así es como en Málaga vi en una ocasión un hombre que venía por ahí echando venablos. ¡Oh, Dios! ¡y cuán graves eran los términos de ira y venganza con que asordaba los alrededores! Llegó a un humilladero de esos de la pared, y quitándose la boina, y besando los pies del santo, dijo: «Éste sí que me puede: ayúdame, Paco, a coger al zurdo, y te pongo una vela mañana de mañana.» ¡Quería que San Francisco le ayudase a beberse la sangre de su rival, y a vueltas de tan cristiana cooperación le ofrecía un pedazo de sebo! Esto es más que los sacrificios de puercos en pintura que ciertos antiguos hacían a sus dioses.

Un día se entró por las puertas del cura una pobre mujer bañada en lágrimas: «Señor cura, mi marido se muere; ni sé qué hacerle, ni tengo para un medicamento; favorézcame.» El cura tomó su capa, su bastón nudoso, y salió con la mujer. «Don Pedro, dijo, inclinándose sobre el moribundo, ¿qué tiene? -Me muero, señor cura, me muero; confesión, misericordia.» Confesóle el párroco, y una vez absuelto el agonizante, dijo: «El alma está segura; ahora tratemos de salvar el cuerpo.» Salió volando, tomó de su botiquín las drogas que le parecieron venir al caso, propinólas en persona, y se estuvo a esperar el efecto de ellas. Como no hubiese mejoría, pasó la noche a la cabecera del paciente, el cual expiró por la madrugada. «Señora Rosa, dijo a la mujer, yo sé que ustedes no tienen nada; el Señor es misericordioso; ocúpese usted en llorar a su marido; lo demás corre de mi cuenta.» Y fue así: mortaja, ataúd, entierro, todo lo dio y lo hizo. Al otro día, misa fúnebre, con cuanta solemnidad pudieran ofrecer los paramentos y arbitrios de la aldea. «Mientras dura lo intenso del dolor, señora, no tendrá usted ánimo para buscar el pan de sus hijos; gaste estos reales; si le faltan, venga al convento.» Iba a salir, y volviéndose de la puerta, preguntó: «¿Los niños siguen frecuentando la escuela? -Dos meses antes de la enfermedad de su padre, respondió la viuda, ya no iban; nos llegó a faltar la mesada. -Que vuelvan, señora Rosa; yo la pagaré.» Y salió y se fue, llevando un santo dolor en el corazón.

Por la noche de ese mismo día una sombra se deslizaba pegada a la pared de la calle; iba de prisa, pero con pasos atentados, religiosos. Llegando a una puerta, adentro la persona. La familia de esa casa eran una anciana, dos muchachas y tres niños cubiertos de harapos. Tan luego como vieron comparecer allí al recién venido, la anciana y las muchachas se tiraron de rodillas ante él: «¡Señor cura, Dios le manda! Dos días ha que no comemos; los chiquillos no han podido vender ni una trenza ni un peine; en vano se han matado mis hijas. -Culpable soy, respondió el sacerdote; debí haber

venido antes. -El último socorro, dijo la mujer, se ha concluido primero que el mes, a causa que pagamos una deuda de mi hermano Santiago para sacarle de la cárcel. -Me lo hubieran ustedes avisado, madre Rita; ¿cuál era la deuda del pobre Santiago? -Doce reales, señor. -¿Y por doce reales, repuso el cura, ha ido a la cárcel ese hombre de bien? -Y diga, señor, ¿cómo ha sido eso? -Caída en pedazos la pollera de mi Angela, dos domingos no había ido a misa la chiquilla; Santiago, viendo ese extremo, fue y sacó fiadas tres varas de bayeta; cumplido el plazo, entró a la cárcel.» Y la pobre mujer se echó a llorar. «¿Así, tan desnudas están estas criaturas?, volvió a decir el sacerdote; vístalas, señora; en casa tengo algunos géneros.» No los tenía; pero fue a casa de un mercachifle, sacó liencillo, bayeta, pañuelos, y los tuvo a prevención en el convento. Vino la madre de esas muchachas, Y besándole la mano a ese santo varón, y regándola con las lágrimas de sus ojos, se volvió que no cabía de contento.

Asomáronse una tarde unos forasteros por la plaza, y se quedaron en medio de ella como quienes no hubiesen hallado posada. Salió el cura, tiró hacia ellos, y dijo: «¿Qué es esto, amigos? ¿Por qué se plantan ustedes aquí? -En dos casas hemos pedido alojamiento, señor, y no lo hemos obtenido: nosotros somos tantos, y las casitas son tan estrechas. -La mía es espaciosa, señores; sean ustedes servidos de honrarme con admitir en ella un plato y una mala cama.» Siguieron los forasteros al cura, y fueron tratados como los huéspedes de Abrahán, con buena voluntad. Donde reina el amor de Dios, no puede estar ausente el amor del prójimo, y en habiendo amor de Dios y el prójimo, nunca falta para las obras de misericordia. «Este hombre es un santo», decían los forasteros, tanto más admirados cuanto le veían curar en persona, mudarle y servirle a uno como leproso que habían llevado a tomar baños termales al pie de un cerro. Cuando se fueron a todos les dio reliquias de la Virgen que pasaba por milagrosa: «Hijos míos, la fe tiene mucha fuerza; creed y esperad. Estos pequeños símbolos de la fe, creyendo, no en ellos sino en el poder de Dios, pueden alcanzar mucho de su bondad. El enfermo va mejorado; es humilde, sencillo, creyente; el agua ha sido el instrumento; la misericordia divina el móvil, la fuente de su salud. Idos, y acordaos que en este monte hay un hombre a quien podéis llamar hermano.»

Un día encontró a un pobre viejo que estaba llorando en la esquina de la calle; arrimado a la pared, era de partir el corazón ver a ese anciano tristemente vestido cómo gemía en silencio y se enjugaba las lágrimas con su áspero poncho. Las canas le caían por debajo del sombrero roto, casi hasta la espalda; las rodillas entreparecían limpias por los boquerones del pantalón. «Tío Mariano, ¿qué hay? ¿qué lágrimas son ésas? -Señor, responde el viejo, cómo no he de llorar; mi hijo, mi único hijo, Manuelito, está en el cuartel; le cogieron, le llevan de soldado ésos que vinieron ayer. Yo me puse por delante, por darle tiempo para que huyese; pero de un culatazo en el pecho, a tierra, y le amarran dándole de golpes. -Aguárdeme aquí, tío Mariano; luego vuelvo a darle noticia.» Enderezó el cura su camino hacia el cuartel y preguntó por «el señor comandante». El señor comandante era un cholo de bigotes, bocamanga colorada y botoncitos amarillos en el hombro; tenía gorra y ceñía espada. «¿Qué dice el clérigo?, preguntó brutalmente al ver al cura. -Señor comandante, han tomado un mozo que es el apoyo de sus ancianos padres; la ley exceptúa a los hijos únicos del servicio militar. -Ésta es la ley, replicó el cholo, desenvainando su machete y vibrándolo en el rostro al sacerdote; si ese recluta es hijo único, vale veinte pesos, fraile, ya sabe.» El cura fue a su casa, trajo los veinte pesos, rescató al hijo único y se le entregó a su padre. «Que se vaya, dijo al anciano, que se oculte. El comandante le ha soltado por veinte pesos; luego le cogerá el capitán para vendérselo por quince.» El muchacho se arrodilló ante el sacerdote, después ante su padre, les besó la mano, y sin tiempo para ir a su casa tomó el camino, y trote trote, desapareció. Ya no le veía el pobre viejo, y todavía le estaba gritando: «¡Al monte, hijo, al monte!»

«Joaquín, yo sé que estás viviendo mal, le dijo el cura a un hombre de buen parecer que encontró en uno de sus paseos por la tarde; ¿por qué no te casas?» El mozo se encendió de vergüenza, Y, cabizbajo, respondió: «Me casara señor cura; mas ni para los derechos tengo, menos para poner casa. -De los derechos no hables, replicó el sacerdote; yo te los pago... En cuanto a lo demás, ¿te convendría una colocación en la hacienda del señor Ruiz de Borja? Este señor me ha suplicado le indique un hombre de bien y trabajo a quien él pueda confiar el cuidado de sus labranzas. -Señor cura, yo lo que quiero es trabajar y servir a Dios: si no me he casado ha sido de miedo de que me falte lo necesario.» El domingo próximo se hizo la primera amonestación; un mes después, Joaquín, emperejilado y atusado, alargaba la mano a una ojinegra de lo más donoso; una peineta de azófar se le alza a ésta sobre la coronilla a modo de cresta sublime, adorno elegante para aldea; orejeras de coral, collar de perlas falsas, manillas de granate. El encaje de las enaguas, propasando cuatro dedos del follado, forma el ruedo de ese gracioso vestido de mestiza limpia, la cual pasó luego a ser «señora mayordoma» de la hacienda de Santa Eulalia, por obra del cura de la parroquia.

Saliendo de sus habitaciones a decir misa este sacerdote, oyó en el cementerio contiguo a la iglesia un ruido como el chis-chas del látigo, junto con los ayes de la víctima. Entra precipitadamente al dicho cementerio; un indio, tendido boca abajo, desnudo el cuerpo, está recibiendo los azotes que le da el verdugo. Grita desde lejos el párroco, vuela hacia ellos, toma por el pescuezo al ejecutor, échale en tierra, písale, hierve en santa cólera. El que mandaba este bárbaro castigo, asesinato de la vergüenza, era otro indio de más porte que tenía en la mano un bastón con empuñadura y casquillo de plata; era el alcalde. «Señor cura, dijo el alcalde, este mitayu faltó el domingo a la doctrina. -¿Y no sabes que el azote está prohibido por la ley, malvado? ¿Y no te he dicho mil veces que si me tocas a un pelo a uno de mis feligreses te he de matar?» Asió entonces con ímpetu la vara del alcalde, y le dió a su dueño tal voleo de palos que no le dolieron tanto como al otro los azotes, pero que le dejaron escarmentado al indio abusivo y cruel. Esa cólera es santa; si hay quien repruebe estos palos, tenga a bien llevar esotros ramalazos.

«Señor cura, vengo a concertar los derechos; mi suegra murió esta mañana. -Ustedes no son pobres, respondió el cura; ¿puedes ceñirte al arancel?- Una rebajita, señor cura. -Da lo que quieras, hijo; yo no busco sino el pan de cada día.»

«¡Señor cura, señor cura!, anoche han botado este niño en mi casa; yo no puedo criarle; voy a echarle en la calle. -¡Bárbara!, en la calle... ¿Sabes lo que dices? Yo tengo madre; ella le tomará a su cargo: déjamele.» Y apoderándose de la inerme criatura con la solicitud de una apasionada nodriza, corrió para adentro gritando: «Señora, señora madre, ¡Dios nos envía un huésped! Los niños son bendición del cielo; inocencia y esperanza en ellos residen.» Una buena anciana vestida de negro salió a las voces del cura, y dijo: «¿Qué es? ¿Qué niño es ése? -Un expósito, señora; el que no tiene padres y el que no tiene hijos, hermanos son; éste es mi hermano; críemele vuestra merced como me crió a mí mismo.» Tomó la señora al huérfano en los brazos, vio resplandecer en sus ojos la recompensa de la caridad, y dándole mil besos en la frente: «Esto era lo que me hacía falta, un niño, un hijo tierno, un ángel doméstico que mantenga la pureza del hogar.»

Un matrimonio alborotado comparece ante el cura: «Me ha dicho ladrón, señor cura.

-¿Y él, y él?, pregúntele qué me ha dicho, señor. -Yo, la madre de sus hijos, su mujer propia, una callejera, trotaconventos, una...

-Mi honra, señor cura, mi honra primero que todo. Véale esa cara... don bebedor, don borracho, te he de arrancar los ojos!»

-¡En mi presencia, mujer! exclama el cura. -Ya la conoce, señor, agrega el marido; nada es lo que aquí está diciendo la atrevida; a voz en grito, en la calle, me dijo que me había robado la custodia.

-¿Qué custodia?, pregunta el cura volviéndose a la mujer; ¿cuándo han robado aquí la custodia?

-No es eso, señor cura, sino que el pícaro me dijo la mala palabra, esa que no puedo repetir ante vueseñoría.

-¡Gervasio! ¿Así deshonras a tu esposa? ¿Luego tus hijos no son tuyos?

-Falso, señor cura; ¿cómo había yo de decir eso? La honra de mi mujer es la mía propia.

-Otro tanto debes decir tú, Dolores; la honra de tu marido es tu propia honra. ¿Cómo le tratas de ladrón?

Pensad en criar bien a vuestros hijos, antes que darles estos ejemplos que los pueden corromper y pervertir. Con que el marido es para su mujer un ladrón, y la mujer para su marido una...vagamunda! ¿Y vuestros hijos? ¿Y Dios?

-Así es, señor cura, responde la mujer, llorando ya y enjugándose los ojos con el rebozo.

-Así es, señor cura, repite el marido con voz temblorosa y afligida.

- Vamos, Gervasio, abraza a tu mujer. Gervasio se le acerca tímido; salta ella sobre él y le echa los brazos al cuello. La paz fue firmada por más de un mes, y no hubo trapisonda, pues el cura, fiador, cuidaba de que la cultivasen, haciendo visitas continuas a los beligerantes.

Dos escuelas tenía la aldea, una de varones, otra de mujeres; visitábalas el cura periódicamente, un sábado la una, otro sábado la otra, habiendo establecido en ellas, acorde con el institutor, exámenes privados que llamaron sabatinas. Para el pundonor, el estímulo era un certificado con firma del señor cura y del maestro, el cual servía de mucho para con los padres del alumno que lo alcanzaba favorable, y de gran perjuicio respecto de los que salían con tachas y censuras. Para el interés, el párroco estableció tres premios, el primero de a diez reales, el segundo de a seis y el tercero de a cuatro. Para el temor, las penas iban enderezadas a la vergüenza, y de ninguna manera al martirio físico. «El cuerpo nada tiene que ver en la educación del alma, decía el clérigo; para enseñar a los animales y adiestrarlos, sea en buen hora el látigo; los móviles de la inteligencia, otros son; no me curta usted a los niños, señor maestro, con penas corporales; lo que hacen de miedo, lo hacen mal; y ningún mérito hay en obligarlos a una cosa contra su voluntad; lo que conviene es hacerles querer y desear lo bueno; esto lo conseguimos de muy distinta manera que con el necio rigor que tuerce el más recto natural, y estraga desde el principio el corazón más bien formado.» Así es que de esas escuelas salían hombres llenos de pundonor, aficionados al trabajo y amigos de su deber, y mujeres de obligaciones, tan hacendosas y virtuosas, que los pueblos vecinos las buscaban y pedían su mano de rodillas.

Este cumplido sacerdote, este hombre de paz y caridad, como tiene el alma limpia, gusta del aseo del cuerpo y la atildadura de costumbres. Su mansión es una concha; el guarda-casa está en pie a las cuatro de la mañana, y la barre desde el zaguán hasta el corral; los corredores siempre nuevos, a

fuerza de cuidado; los aposentos, sencillos, casi pobres, ofrecen el confort del orden primoroso que reina en ellos. Las tapias del jardín, ocultas tras un espeso enramado de plantas trepadoras, tienen aspecto de murallas de esmeralda donde resplandecen estrellitas de diferentes colores, como son la azul pasionaria, el amarillo mastuerzo y el blanco jazmín que inunda el barrio con su fragancia saludable. Los gansos dan gritos prolongados y tristes allá lejos en la huerta; las gallinas cacarean en el traspatio. Perro bravo, no hay; el tesoro del cura son las virtudes, y éstas no tientan a los malhechores; pero sí un viejo mastín, gordo y pacífico, que a fuerza de años y de lecciones ha perdido su fiereza, y no sirve sino para simbolizar la fidelidad, tendido en medio del patio, o bien sentado como león en el umbral de la puerta de calle. El cura está de pies a las cinco: se lava rostro, manos y brazos cada día infaliblemente, no le suceda lo que al dervis que salió una vez sin haber hecho las abluciones que tanto agradan a la Divinidad. Dice misa a las seis; se queda en el confesonario hasta las ocho; de allí para adelante visita a los enfermos; vuelve a su casa a las diez, y hace su primera refección, la cual consiste en dos huevos tibios, un vaso de leche y un pan. Sabe que el chocolate es contra la castidad, y se abstiene de él, aunque le gusta. Imposible fuera notar una mancha en sus manteles; cada borrón es un pecado, cada arruga una vergüenza. Paños sucios, alma puerca. Los vasos son para verse el rostro en ellos; Horacio no tendría nada que decir.

La leche de su mesa es de la vaca que ordeña allí mismo una indiecita de admirable pulcritud y frescura, la flor, la espuma, el primer jarro, no es para él, sino para la enferma vecina que se duele del pecho. Los vegetales de su huerto, las raíces de su arada componen su comida; papas gruesas, reventadas, derramando suave harina; coliflor pomposa, sembrada con sus manos; es una maceta de ofrecer al altar ese repollo lujurante lleno de jugos nutritivos. Granos tiernos de sencillo condimento; dulce de frutas; agua pura del arroyo. Vino, jamás; licores fuertes, menos; esos son fracasos de la templanza, buitrones de las virtudes. El tabaco..., el tabaco..., soporífero infame que entorpece el cerebro, ensucia boca y manos y aplebeya el espíritu, no halla cabida entre las buenas costumbres de los hombres limpios; ver un clérigo con el cigarro en los dientes, echando humo y saliva, es hasta irreligioso de su parte. Fume el soldado, fume el viejo, fume el que pasó la edad del amor; la mujer hermosa, el hombre pulcro, el enamorado, no fumen, o desbaratan sus prendas y sus esperanzas. El cura de Santa Engracia no sabe fumar, no bebe humo ni echa inmundicias por los labios. Como es leído, sabe que los trabajos intelectuales no se compadecen con la salud, sin el modo y el pulso que en ellos gastan los prudentes; después de comer, dos horas de paseo calmoso y grave; anda solo; la soledad es una musa; medita, al tiempo que va andando; recoge ideas, levanta el pensamiento al cielo; recibe en el alma los arreboles del occidente cuando el sol se ha puesto, y abrigada con esos colores que comunican uno como calor divino, vuelve al convento con santa melancolía. No lee sino dos horas por la noche; su sueño, como de varón justo, es el de un niño. Torna la aurora, torna él a sus obligaciones y costumbres.

Éste es el sacerdote evangélico, el cura perfecto. Quedamos en la «libertad de trabajar»; libertad que le habéis negado al pueblo romano, pasando al extremo de motejarle de ocioso e indolente. Régulo, general del ejército de África, escribió al Senado poco más o menos de este modo: «Padres conscriptos: Donde tantos y tan grandes capitanes pudieran sustituirme en el gobierno de este ejército, admírame le hayáis sometido nuevamente a mi autoridad, con una reelección que, si crece mi honra, y me llena de júbilo como prueba de confianza, tiene para mí el grave inconveniente de ver yo a mi familia sufrir el desamparo y la necesidad por un año largo todavía; mis tierras se hallan incultas, mi mujer y mis hijos están careciendo de lo necesario. En este concepto, ruégoos, padres conscriptos, tengáis a bien relevarme del mando, y permitáis mi vuelta a Roma.» El Senado contestó a esta representación con un decreto por el cual mandaba que las tierras de Régulo fuesen

beneficiadas y sembradas por cuenta de la República. No os maraville esta providencia del Senado; maravílleos el saber que esas tierras eran siete fanegas, pegujal inferior al que los generales asignaban a cada soldado después de una conquista, el cual se componía de catorce; maravílleos el saber que el generalísimo de un ejército, el vencedor de Cartago, que tenía a su disposición un poderoso reino, no tenía con qué sufragar para los gastos de su casa, si no iba a labrar con sus manos su diminuta hacienda. Detractores de la grande antigüedad, decidme, ¿dónde están los generales que, mandando ejércitos, entrando en ciudades por fuerza de armas, sojuzgando imperios, no tienen ahora con qué mantener a sus familias porque ni gozan de rentas, ni salen de sus campañas y sus triunfos con las manos hediendo a oro? Vedlos, sí, vedlos, ellos son generales y coroneles, quienes depuesta la espada, empuñan el timón del arado y van siguiendo el tardo paso de sus bueyes. Trabajar... ¿Qué es trabajar para estos enemigos del trabajo? Ingratos llaman ellos a los pueblos, porque no les manifiestan su agradecimiento con fomentarles su cohorte, con crecer sus vanidades mediante la envilecedora lisonja. La madre del recluta que ve la soga al cuello, dejando en triste desamparo su casa, su familia: ingrata. El dueño del caballo, el burro, a quien la tropa despoja y atropella en el camino: ingrato. El rector del colegio que profanan los soldados, aposentándose en él junto con sus bagajes, haciendo rodar por el suelo a puntillones los globos, rompiendo las cartas geográficas: ingrato. Ingrato el padre de familia que ve sus bienes de fortuna confiscados; ingrato el propietario a quien imponen de contribución la mitad de su hacienda; ingrato el buen patriota que gime en el tormento, y ve correr sus días a la tumba, cargado de grillos y cadenas. Todos son ingratos. Para Fabricio, para Curio, para Régulo eran ingratos los que, obligándolos al mando en tiempo de paz, les impedían arrimar el hombro al trabajo, arar la tierra y exigir de sus entrañas benéficas el sustento de sus hijos. Decir que los romanos no conocieron la agricultura es no tener conocimiento de ese pueblo ni haber saludado la historia. Magón célebre cartaginés, había escrito una obra de agricultura; entrada Cartago por Escipión Emiliano, este egregio capitán ordenó que la obra de Magón fuese preservada del fuego a todo trance; bien así como otro vencedor había cifrado su conato en preservar el cuadro del Yaliso en la toma de Rodas; y como Tito puso todo su empeño en la salvación del templo, vencida Jerusalén. Escipión, al tiempo que estaba contemplando el fuego en la ciudad enemiga, tenía en la mano cuidadosamente el libro de Magón. Enviólo después a Roma; el Senado mandó traducirlo al latín sin pérdida de tiempo. Varrón, el más sabio de los romanos, tuvo a la vista las disquisiciones del cartaginés cuando escribió sus elementos de agricultura; Plinio hizo lo propio; y Columela que más de propósito se había dedicado al estudio de esa ciencia, honró su patria y regaló al género humano con mil secretos arrancados del seno de la tierra. El padre de la agricultura francesa, Ollivier de Serres, corresponsal de Enrique IV, había leído y aprendido de memoria las obras de Varrón, Plinio y Columela; ¡y he aquí que los romanos no conocieron la agricultura, ni tuvieron libertad de trabajar! Las reglas de Virgilio acumuladas en las Geórgicas, siquiera por la poesía son conocidas de todos; la ignorancia y la sandez de negarle al pueblo romano el estudio y la labor más necesarios para la vida, reservadas estaban para estos pseudo-católicos cuyo universo se halla encerrado dentro de estas cuatro paredes: egoísmo, mala fe, malicia y necesidad. ¡Pseudo-católicos, digo, oíd! Estos son unos, y los católicos verdaderos, sinceros, ilustrados, otros muy diferentes.

¿Qué otra libertad queréis, cristianos de capa larga? ¿No queréis también la de cogernos en la calle a los herejes, y boquiabriéndonos con una artimaña de madera, darnos a viva fuerza el cuerpo de Cristo, como dice Gibbon que hacían los católicos de cierta nación y cierto siglo? No sería mala esa libertad, como no lo fue para Juan Manuel Rosas, el gaucho memorable, la de tornar por las calles de Buenos Aires a cuanto caballero de levita o de frac acertaba a pasar, y con tijeras resonantes cortarles la falda alrededor, de modo que el hidalgo quedase persona de chaqueta en daca esas pajas.

La manera de hacer demócratas es ésta; así como la de hacer católicos es maniatar a los herejes, y abriéndoles las mandíbulas con la artimaña consabida, embocarles las formas consagradas; otrosí hacerles vomitar el diezmo, para contrahacer vuestro lenguaje; pinchándoles las carnes con los cueros de las lanzas benditas. Éntrome aquí, que llueve, todo lo demás es música; y apaga y vámonos.

Hemos vuelto palmario que vosotros queréis la libertad de pensar, hablar, trabajar y enseñar; veamos si el pueblo romano gozó en algún tiempo de tan preciosas libertades. Ese pueblo era él mismo su legislador; los decretos del Senado regían por doce meses; y no eran leyes perpetuas sino por la sanción del pueblo. Los tribunos, diputados de éste, proponían leyes al Senado; el Estamento de los caballeros era el poder judicial, y el pueblo el tribunal supremo. Por esto hemos visto que, según la ley Valeria, ningún delincuente sufría la pena, si a él apelaba. Ved, pues, si el pueblo romano tenía libertad de pensar y hablar. Tan bien pensó, que «si sus leyes han parecido tan santas, y su majestad dura todavía, es porque el buen sentido que rige al género humano reina en todas ellas. No es posible ver otro código donde se haya hecho más justa aplicación de la equidad natural. Este pueblo y estas leyes, que un gran católico presenta de modelo a los hombres, son las que vosotros, que de puro católicos dejáis de ser cristianos, habéis escarnecido como sectarios sin sabiduría ni conciencia. El pueblo romano, el de la ciudad, el pueblo de intra-muros, no trabajaba mucho, es cierto, porque profesaba las armas, no porque no tenía libertad para tan noble ocupación. Pero ved luego allende el Tíber, y en una mezquina posesión hallaréis a Cincinato labrando la tierra con sus manos. Esperad: ¿quiénes vienen por allí? Son los varones expectables que el Senado envía a revestir de la púrpura dictatorial al viejo labrador. Cincinato obedece; más después de haber salvado a la patria en pocos días, vuelve y empuña otra vez la esteva. ¿No se trabaja en Roma?

Un día compareció ante el edil un hombre acusado de magia. Éste era un propietario que se daba maña en sacar de una heredad reducida cosechas más abundantes y mejores que los ricos de sus extensas posesiones. ¿Cómo, decían éstos, el miserable Cayo Furio Cresino, esclavo ahora cuatro días, obtiene de su puñado de tierra más frutos y de mejor calidad que nosotros de nuestras grandes heredades? Esta no puede ser sino obra del demonio; y le acusaron de arte mágica. El edil, sentado en su alta silla, está esperando al reo; el pueblo inunda el Foro; Cayo Furio Cresino se presenta rodeado de sus gañanes, seguido de sus bueyes, arrastrando en pos de sí las herramientas y los utensilios de su labranza. La gente, bien vestida, es robusta gracias a los buenos y abundantes alimentos; los brazos de esos gallardos campesinos, gruesos, nervudos, son los de Hércules. El timón

del arado, un árbol entero, no los aflige, ni al buey que lo tira, ni al mozo que oprime la reja contra el suelo. La cerviz de esos animales puede sustentar un monte y arrastrar una ciudad; así es que los surcos que ellos abren son profundos. Cada azada pesa una arroba, las hoces parecen cimitarras. «¡Romanos!, dijo Cayo Furio Cresino, he aquí mi magia: estos jornaleros, estos animales, estas herramientas son las malas artes de que me valgo para obligarle a mi pegujal a producir más que sus grandes haciendas a mis malquerientes. En cuanto a mis días sin descanso, mis noches sin sueño, mis fatigas y sudores, no me es dable ponerlos a la vista.» Rompen los circunstantes en aplausos; el reo es absuelto por unanimidad; y los acusadores, corridos, se escurren por allí, huyendo la rechifla del pueblo. ¿No se trabaja en Roma?

Toda esa frontosidad antigua, esos bosques y jardines que circunvalaban la Roma de los cónsules y los césares ha muerto, ha desaparecido, dejando el lugar a la malaria y la peste que imperan en la campiña romana yerma y funesta. ¿Dónde están los huertos de Lúculo esos depósitos inmensos de plantas, flores, aves y cuadrúpedos de todo país y todo tiempo? ¿Dónde los jardines de Ático?

¿Dónde las quintas, las casas de recreo de los grandes hombres, esos paraísos pequeños que eran la tierra prometida de los cónsules, los senadores y los generales, cuando, cansados, abatidos, aburridos de la política y los cuidados del gobierno y de la guerra, se retraían a olvidar y hacerse olvidar en ellos? Cicerón, el más pobre de los patricios, poseía veintiuna casas de recreo, unas en la campiña romana, otras en la Campaña, y otras en los montes Sabinos; Túsculum, su predilecta, se hallaba a las puertas de Roma. Ni había un palmo de los alrededores de la ciudad que se manifestase descubierto e inútil; árboles, arbustos, matas bellas y salutíferas, gramas, céspedes y, flores por todas artes, en medio de las cuales el agua cristalina de los cien acueductos que la traían de los collados y los montes, formaban mil ruidosos laberintos. La Roma de los papas es un sepulcro que se levanta sobre el tiempo y las generaciones de medio de un vasto secadal; la Naturaleza, enferma, es allí víctima de un letargo sin fin; su hálito pestífero corre a modo de viento de muerte, y ay del que lo aspire, porque aspira el secreto de la tumba. La campiña romana, con no haberla sentido mil ochocientos años, ha olvidado la reja; esa castidad deshonorosa, proveniente de las mil calamidades que han pasado sobre ella la pervierte más y más; hosca, agria, irreducible, nadie siembra nada en ella, porque nada produce; el agua, huyendo de su seno, le dejó una maldición. La primavera no ha concluido, y el viajero huye aterrado; calenturas, fiebres malignas principian desde fines de mayo, y no dan treguas sino a fuerzas de nieve y frío; el invierno es muchas veces anciano bienhechor que da la salud con drogas amargas. ¿Acaso era lo mismo en la Roma antigua? Ningún autor hace mención de la malaria ni la canícula aterraba como la peste negra de ciertas regiones malditas del Asia. Todo verde, todo fresco, gracias a la industria del hombre, que por mil medios granjeaba los favores de la madre Naturaleza. ¡Y ése, ése, el pueblo romano, no trabajaba ni tenía idea de la agricultura!

«¿Por dicha buscaremos la propiedad en la Roma antigua?», principia así vuestro argumento acerca de tan importante y esencial materia. Sí, iremos a la antigua Roma a buscar la propiedad, pues ella no podía estar ausente de pueblo que «era magnánimo porque era virtuoso», y porque era virtuoso desdeñaba las riquezas. «No bastan en una buena democracia que sean iguales las porciones de tierra; han de ser pequeñas, como entre los romanos. No permita el cielo, decía Curio a sus soldados, que ningún ciudadano tenga por poca tierra la que es suficiente para alimentar a un hombre». El comunismo y el socialismo, azotes de las sociedades modernas, no han salido, no podían haber salido de pueblo donde cada ciudadano se contentaba con una porción de tierra que él podía labrar con sus propias manos. Los graneros públicos, en Roma, no estaban al arbitrio del pueblo; los magistrados repartían el trigo conforme al número de personas de cada familia; y la ley agraria, que yo sepa, nunca tuvo por objeto la comunidad de bienes. De continuo se la discutió en el Foro; mas en esto el Senado se mantuvo firme. Y cuando ella hubiera pasado, no disponía que los romanos gozasen de sus bienes en común, sino que la tierra fuese repartida en justicia, quitando algo al que tuviera por demás, dando algo al que tuviera menos o nada tuviera; cosa muy diferente del comunismo de los revolucionarios franceses. Una vez hecha la repartición, la porción de cada ciudadano quedaba garantizada por la ley sagrada precisamente lo que sucede entre nosotros; con esta diferencia, que entre los romanos antiguos las riquezas no eran de la menor estima, ni había ricos en la antigua Roma; al paso que en las sociedades cristianas todo lo poseen unos, nada otros. No quiero ley agraria, no porque ella no es esencialmente justa, sino por las injusticias y los males sin cuento que traería consigo, caso que fuera posible llevarla a cabo, lo cual es muy dudoso. La revolución francesa no lo pudo, ¿quién lo podría? Ricos hay en Francia, ricos en Inglaterra que tienen de renta una libra esterlina por minuto; ricos en nuestra pobre democracia. Pobres hay en Francia, pobres en Inglaterra, que se comen las manos y se echan en el Támesis o el Sena; pobres hay, asimismo, entre nosotros. Sea como quiera, la propiedad existe, siga adelante como está, haya pobres y ricos; los unos gocen de sus riquezas, los otros quedémonos al Señor. «Y Jesús, mirando

alrededor, dijo a sus discípulos: Cuán difícil es que los que poseen riquezas entren en el reino de los cielos.»

Achacar a la Roma antigua la invención del socialismo es lo mismo que achacarle la esclavitud. El socialismo, por un encadenamiento misterioso de las ideas y las cosas, tiene su cuna en el despotismo; quién lo creyera; y no podía, por ley de la Naturaleza, haber nacido en un pueblo que adoraba la libertad, la cultivaba y la gozaba como su bien mayor, más verdadero y presente. La práctica pone en claro relaciones paradójicas que parecen absurdas; el socialismo que está haciendo temblar en nuestros días a las testas coronadas, conforme las naciones adelantan hacia la libertad, va refugiándose en los imperios donde el autócrata hace gala del poder absoluto. Durante el segundo imperio napoleónico los socialistas eran sombra y espanto del déspota; hoy la república no le teme; ¿qué ha de temer, si a más andar gana la Rusia, y va dejando libres los pueblos donde el orden es avenidero con el ejercicio de la libertad, y las instituciones democráticas con el progreso? Alemania ha dado una ley contra el socialismo; ideas no se matan con leyes; la Francia republicana no tiene necesidad de darla; su socialismo ha emigrado al Norte, y allí, en manos de hombres y mujeres, amenaza de muerte a personas e instituciones; libertad y democracia bien entendidas no lo necesitan. La sociedad humana es una escala; escala sin escalones no puede haber: suprimid las clases sociales, y dicha sociedad queda suprimida. En una sementera de trigo mismo, unas espigas son mayores que otras, si por la elevación, si por el volumen, ¿tienen las espiguitas bajas y flacas derecho de conspirar para ser iguales a las gordas y altas? Allí está la Naturaleza que tal hizo; pegaos con ella. Alemania, Rusia, imperios despóticos, o casi despóticos, las han hoy con el socialismo; Francia, como queda dicho, lo está ahogando sin leyes; los Estados Unidos no lo conocen. El socialismo, pues, no pudo haber nacido en la Roma antigua, como sin luz de razón ni conciencia lo habéis sentado, vosotros, católicos de la garra, para quienes no hay cosa buena fuera de vuestra jacarandina. Socialismo... Infantín discípulo de San Simón, proclama la comunidad de bienes de fortuna, la libertad de amor bajo la inspección del sacerdote, la comunidad de mujeres, el nivelamiento de las clases sociales, con la obediencia cadavérica a un gran pontífice, que debe ser católico. Vosotros sois, pues, los socialistas, sansimonianos sin caer en la cuenta; no os falta sino la Gran Madre; id a buscarla por Ginebra.

Ahora viene la esclavitud, y con «los alaridos del esclavo desgarrado por el látigo del patrón» me heláis de espanto. Una imputación calumniosa a un gran pueblo y dos gazafatones, he aquí la esencia de esas dos líneas de vuestro cuño. El patrono, en Roma, era protector obligado a tales y cuales servicios para con sus clientes; el patrono tenía amigos inferiores a él a quienes protegía a vueltas de sus obras serviciales; esclavos, no eran ellos. Luego ese látigo no estaría chasqueando en manos del patrono, sino del dueño; y esos alaridos no habrán sido del cliente, sino del esclavo. Sea de esto lo que fuere, la invención de la esclavitud no es de Roma; no lo es, puesto que es mucho más antigua; ni defecto del gentilismo, como lo afirmáis, irrogando a los dioses este gratuito agravio; mujeres tenían éstos, queridas y mensajeros; mas no he sabido que en el Olimpo hubiese esclavos; lo que sí sabemos todos es que los patriarcas de la ley antigua los tuvieron mucho antes que los romanos; ¿quién no sabe la historia de la esclava Agar? La esclavitud es la mancha de los pueblos antiguos y los modernos, el crimen de que no se quieren castigar, porque no se resuelven todavía a tener por buenas las leyes del Redentor ciertas naciones que ponen la monta en el nombre, y no en la esencia de las cosas. No queréis ir a Roma, por no oír los alaridos del esclavo; pues no vayáis tampoco al Brasil, nación cristiana; no vayáis a Cuba, católica-apostólica-ro mana. A los Estados Unidos, desde ayer, ya podéis ir; Lincoln os ha abierto las puertas. ¿Por qué afeáis a Roma con esa excrecencia que así deslustra a los antiguos como a los modernos? El cristianismo acabará por extirpar ese nefando

abuso; el Evangelio no sufre la esclavitud; el Salvador muere por el género humano. No, no iremos a Roma a buscar la esclavitud, pues el hombre de bien no busca en ninguna parte sino lo justo y lo bueno. Y echad de ver una cosa, que yo he querido ir a Roma, y de ningún modo a la infame Capadocia; que el pueblo romano es quien me causa admiración y no los tracios ni los bretones de ese tiempo: n balde me traéis esas tiramiras de ingleses desnudos a ponérmelos por delante; así los compadezco yo como vosotros; así los libertaríais vosotros como yo. El derecho antiguo de la guerra era monstruoso; hizo mal Roma en reducir a los prisioneros a la esclavitud; pero en descuento de este abuso, ¿no se os acuerda cuántos enemigos vencidos vinieron a Roma a ser ciudadanos romanos? En Roma, al lado de un crimen halláis siempre una virtud; id a Roma: aprovechad de lo segundo, absteneos de lo primero.

El vicio general de que adolece vuestra censura es la mala fe; y, además de esto, hay en ella error de juicio, y un prurito de generalización que tuerce mis ideas y estraga mis intenciones. Cito a Platón, y decís que Atenas no puede servirnos de modelo; traigo una ley de Licurgo, y voláis a advertirme que en Lacedemonia se toleraba el hurto; admiro a Lucrecia, ¡y cuán prontos y apercebidos estáis para darme en cara con el suicidio! Locura sería en mi pretender que ahora nos educásemos en la escuela de Hejesías, locura que imitásemos en todo a los romanos. Pero es no menor la vuestra de querer inspirar repugnancia por las antigüedades griega y romana, y hacernos olvidar los nombres de Arístides y Catón, por los de San Simón Estilita, y San Martín Porres. ¿No sería mejor pensásemos en todo, supiésemos de todo, y del vasto campo de las civilizaciones antigua y moderna tomásemos la flor y nos adornásemos con ella? Diréis que para salvarnos no habemos menester las sentencias de Bias ni los consejos de Pitaco y yo os digo que no porque lo sabemos nos condena el Señor a las llamas infernales. ¿Y no os digo ya Bossuet?, sería vergonzoso a todo hombre de bien ignorar el género humano. Condenad por vuestra parte cuanto queráis a vuestros semejantes; pero, «felices los que esperan en silencio la salud de Dios».

¿Qué diría Gibbon si os oyese la peregrina especie de no querer se inspire a los jóvenes simpatía por la antigua Roma?; ¿qué diría Fenelón?; ¿qué diría el gran Carlos de Secondat?; ¿qué dirían tantos ínclitos varones que han resaltado sobre los demás, no por haber vertido la sangre de los pueblos, mas antes por haberse instruido en el Liceo y el Pórtico; por haber ido con los diputados del Senado por todo el mundo en busca de buenas leyes; por haber bebido, no de «las turbias aguas de Sodoma», como habéis dicho, sino de las cristalinas y saludables del Penco? No me cerréis las puertas de la Antigüedad, porque os las rompo a hachazos. Miguel Ángel, ciego, se hacía llevar al museo del Vaticano, y lo que no alcanzaba con la vista, lo obtenía por medio del tacto; su espíritu, en combinación misteriosa con la belleza, estaba gozando en silencio de las formas y las perfecciones de las estatuas antiguas. No de otro modo me haría yo llevar a las ruinas de Grecia y de Roma, y arrimándome a las columnas del Partenón, y tocando los escombros del Coliseo, recibiría profundo y rejuvenecedor deleite, volviendo con la imaginación a esos pueblos y esos tiempos. ¿Sabéis cuándo hemos de ser felices verdaderamente?, no cuando estrechemos la inteligencia ciñéndola a la órbita de vuestros mezquinos estudios, como lo deseáis, y obedeciendo como ruines a los tiranos del espíritu, sino cuando entreguemos nuestros hijos, como los magos, a cuatro preceptores, el más sabio, el más justo, el más temperado y el más valiente de la nación. «El que le llega a tomar el sabor a los estudios religiosos y a la vida mística, habéis dicho, ya no piensa en las vanidades de la historia. De continuo vemos incrédulos que se, pasan a nuestro partido; mas no un católico que se pase a los libres pensadores.» Arcesila se encargó ahora dos mil años de responder por mí, con la que le dio al epicúreo que se complacía en repetir que de su escuela nadie se pasaba a la estoica; mientras de ésta sí muchos se pasaban a la de su maestro. Si fuera yo versado en el griego antiguo, estamparían esa

respuesta en su idioma propio, a fin de que nadie la comprendiese; a falta de esa joya orinecida de la educación, adornaré con el silencio mi discurso, que esto lo requieren la pulcritud de las ideas y la castidad de los oídos. Por lo demás, no es exacto que ciertos cristianos sean tan firmes como dicen; las conversiones de éstos al mahometismo son frecuentes en el Asia. Acaba el Indian Mail de dar noticia de un misionero que, habiendo ido a convertir musulmanes, se ha vuelto mahometano él mismo, y hoy predica con gran fervor el Islam a los cristianos. Sea dicho en pro de la verdad que ese curioso misionero es cristiano protestante, y no católico; ¿pero cuántos franceses, de esos que pueden contarle los pelos al diablo, católicos-apostólicos-romanos en su tierra, no andan de turcos en Constantinopla, de santones y dervises en El Cairo, de adivinos en Ispahan, y aun de bonzos y sacerdotes de Budda en la India? Un portugués, de nombre Castro Capao, llegó por sus servicios en el harén del Gran Señor a ser bajá de una cola: era de morir de risa verle mondo y lirondo el cogote, ceñida la cimitarra, fumando su pipa de a dos metros, gordo como cantor jubilado de San Pedro. Le pasó por la cabeza venir a Portugal a hacer una visita a su familia; tan luego como fue en su casa de Tras os montes, no perdió ni domingo de oír Misa entera, aunque él era quebrado; ni viernes de comer de vigilia, ni jueves de ir a la escuela de Cristo; y como para sufragar para el buen viaje, en vísperas de su regreso, Julio Castro Capao se confeso y comulgó en Santa Ripeta, y se volvió a su bajalato más infiel que en ningún tiempo. Adonde fueses haz lo que vieres; Castro Capao era un Maquiavelo de una cola y dos orejas, pero no tenía serrallo...

«El esposo tirano de la esposa», habéis dicho. La ley mantenía a la mujer en tutela perpetua hasta el día que se casaba, en el cual quedaba emancipada y libre. Nunca en Roma tuvo el marido derecho de vida y muerte sobre la mujer, como lo tuvo, por desgracia, sobre los hijos; nunca pudo obligarla, ni la obligó a los trabajos y las penas de la servidumbre. Podían los hombres repudiar a sus mujeres, y esta facultad la tuvieron amplia los maridos; y, con todo, era tal el respeto por los auspicios, tales la moral y las costumbres, que en el espacio de quinientos veinte años nadie se atrevió a usar de ese derecho, hasta que Carvilio Ruga repudió a la suya por causa de esterilidad. Las mujeres tenían templos aparte; las casadas, juntas misteriosas en las cuales trataban puntos ignorados por los maridos, quienes sufrían esos misterios con religioso silencio. Por eso fue tan grande el crimen de Clodio, y tan ciega la indignación de los romanos, cuando ese muchacho desalmado se introdujo, vestido de mujer, en la casa de César, por amores con la de este guerrero. Ni la salvación de Roma fue motivo harto poderoso a los ojos de Cicerón para violar los misterios femeninos; sabedor de la conspiración de Catilina; de cómo iba la ciudad a ser destruida por el fuego y degollados senadores y hombres de bien esa misma noche; el cónsul, inquieto, pálido, deja el Foro y, seguido del pueblo, acude a su casa para tomar providencias acerca de salvar la República. Llama a la puerta; silencio; vuelve a llamar: todo silencio. Su mujer estaba celebrando en ese instante los misterios de la Buena Diosa; el cónsul retrocede con santo respeto, y gana una casa vecina. He aquí la tiranía del esposo sobre la esposa, el yugo del hombre sobre la mujer. Los romanos hacían siempre memoria de Catón Censorino, quien se había arrepentido de haber confiado un secreto a una mujer; Marco Bruto, varón austero de pensamientos elevados y opiniones rigurosas, lo primero que hizo fue poner a su mujer al corriente de la conjuración contra el dictador Julio César. Porcia, hija al fin de Catón de Útica, echa de ver cierta zozobra en su marido; ¿no le dice qué tienes, no le pregunta qué va a suceder? Toma un cuchillo y, desnudándose la pierna se abre en el muslo una herida profunda. ¡Qué haces, Porcia!, grita su marido aterrado.-Para que veas, responde esta mujer sublime, con cuánta facilidad me diera yo la muerte, si tuviera la desgracia de perderte.» Bruto la incluyó en los conspiradores.

Tan grande era el miramiento de esos antiguos por las mujeres, que las leyes castigaban muchas veces al marido las faltas de su cónyuge, como sucedió con Titideo Labeon, a quien el edil impuso

una fuerte multa por los desórdenes de su mujer Vestilia. Las vestales, sacerdotisas de la diosa de la pureza, están simbolizando el respeto y la veneración que los romanos profesaban al sexo femenino. Es verdad que en faltando a sus votos eran enterradas vivas; mas era porque, como célibes, no tenían sobre quien el juez echase todo el rigor de la ley; y su excelso ministerio de estar en correspondencia con la divinidad por medio del fuego sagrado era descuento sublime del grave castigo en que incurrían las prevaricadoras. «Decíase de los romanos que ellos mandaban a todas las naciones, y que sus mujeres los mandaban a ellos.» Cuando discurríais el presentar de víctimas de los hombres a las mujeres de Roma, no columbrabais que el gran Bossuet os estaba dando un mentís y un tapaboca. Lo que no pudieron los senadores saliendo en corporación a echarse a los pies de Corialano; lo que no alcanzaron el cuerpo de sacerdotes, los flamines de Júpiter, el gran pontífice, lo pudieron la anciana Veturia y la joven Volumnia. La madre y la esposa del desterrado vengativo sabían que salvando a Roma le perdían; el desterrado estaba viendo que ceder a los ruegos de su madre y su esposa era cavar su propia tumba; madre y esposa, dos mujeres, pierden hijo y marido, y salvan la patria. ¡Qué esclavas tan poderosas! Respeto a su madre, amor a su mujer, esto fue más para Coriolano que lágrimas del Senado y majestad del sacerdocio.

Sertorio, lleno de guerras y de triunfos, de triunfos y de gloria, sabe la muerte de su madre, se encierra en un cuarto oscuro, y se propone morir de hambre y dolor. Tres días se estuvo tirado por el suelo, revolcándose con gritos agudísimos, hasta que sus capitanes, vencido el respeto por el peligro de su general, fuerzan la puerta, y le salvan a pesar suyo. Éstas son las mujeres desdichadas a quienes desamor y menosprecio vuelven cosas, despojándolas de la personalidad augusta con la cual naturaleza las iguala en un todo con nosotros. ¿Ignoran los seudo-católicos, seudo-sabios, que una de las lámparas inextinguibles es la que los arqueólogos pretenden haber encontrado en el sepulcro de Tulia, hija de Cicerón? Esa disolución de oro que nunca se consume no era empleada sino en honrar y perpetuar la memoria de personas casi divinas. La tumba de Cecilia Metela, uno de

los pocos monumentos salvados del rigor despacioso de los siglos, es como un templo: todos los viajeros la conocen. Si alguna persona se atrevió a subir en carro al Capitolio fue una mujer: viéndola está el mundo a esa romana soberbia cómo infringe la ley impunemente, y envuelta en púrpura, arrastrada por cuatro caballos blancos, viola atrevida la escalera sagrada, y se apea, como una Semíramis, en el umbral del templo de todos los dioses. Agripina resguardada por las cenizas de Germánico que lleva consigo, y por los fueros de su sexo, se afronta con Tiberio y le pregunta «¿Qué proporción guardan los honores rendidos a la víctima con la persecución a su descendencia?» El tirano, herido en su orgullo mirándola despacio, dijo: «No estoy distante de hacer con ésta una severa demostración». No la hizo, por no hacerla con una mujer. Al paso que hoy, en pueblos cuyo

monarca se ha llamado «rey cristianísimo»; pueblos católicos-apostólicos-romanos, la mujer es uncida con el buey y el asno para arar de cinco a cinco: el Perigord, la Brosse, la Picardía, la Baja Bretaña les están sacando verdaderos a Airné Martín y Michelet. En Roma, las leyes judías fomentaban y premiaban el matrimonio: el número de hijos era santidad para la que tenía muchos: hoy, ¿dónde está la ley Papia Popea que las saque de la triste orfandad en que se consumen la mayor parte de ellas, luchando con la furia de la naturaleza comprimida, y con las pesadumbres de un triste aislamiento? ¿Dónde la recompensa y los honores a las que dan mayor número de hijos a la patria? Pobres mujeres, nosotros ni siquiera les comunicamos nuestros proyectos, menos consultarnos con ellas, como los galos; ni rendirnos a su dictamen, como los germanos. Los egipcios sometieron por una ley el hombre a la autoridad de la mujer, en honor de Isis; los babilonios hicieron otro tanto en honor de Semíramis; nosotros no nos sometamos a su autoridad, pero levantémosla con la educación,

endiosémosla con el amor, honrémosla con la estima y no, a fuerza de católicos, andar deprimiendo a los pueblos donde ella ha preponderado más, para regalarla con una superioridad fantástica, superioridad y felicidad de que no goza todavía en los cristianos. Se detuvo, se volvió a ellas, y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos.» Desde Jesús hasta nuestros días, llorando están por ellas y por sus hijos, y diciendo: «¡Piedras, rodad sobre nosotras! ¡Montes, cubridnos!»

Por una ley antigua las matronas romanas no podían llevar sobre sí más de dos onzas de oro en adornos y arrequives: tanta sencillez y pobreza las humillaban: echaron de manga a un senador galante, y éste propuso la abolición de la ley contra el parecer de los más graves padres conscriptos. Catón pronunció un discurso convincente acerca de mantener la ley suntuaria: «Las estatuas que hemos traído de Siracusa, dijo, creedme, son nuestros enemigos más terribles». Hablaba contra el lujo. Empero, las damas romanas se habían levantado en globo: con mil voces estaban suplicando, con mil manos estaban ordenando: lágrimas, amor, promesas, nada omitieron. Había por entonces un famoso libertino llamado Julio César: éste se decidió por las joyas femeninas y, a pesar de la autoridad de Catón, riéndose de sus pullas, echó abajo la ley con su elocuencia. Ese pillito sabía que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere; y puesto que la púdica Diana no habrá querido que las mujeres anduvieran abrumadas de oro y pedrería fina, el orador de los anillos dijo lo que después dijeron los franceses: Ce que Jemme veut, Dieu le veut, y la ley fue derogada. Decidme ahora que las mujeres nada podían en Roma.

No pretendo que entre los mártires de la religión cristiana, entre sus santos, no haya modelos dignos de ser imitados, pero éstos, a mi modo de ver, no son esas mujeres insensatas, histéricas del fanatismo, cuya virtud y santidad consisten en comer hierbas crudas, como bestias, y dormir sobre tres guijarros, uno para la cabeza, otro para medio cuerpo, otro para los pies, puente de dos arcos por los cuales pasan en caudal negro y soñoliento la locura y la ignorancia, como he leído que más de una desdichada lo practicó en la vida. Digo lo practicó, y no lo ha practicado, porque el género humano, en feliz y diario mejoramiento, no cae ya en esas demencias de santos frenéticos e impíos, cuyo timbre es envilecer la obra del Criador y desfigurar su imagen. El cordero pascual era escogido entre los más sanos, más bellos y robustos y no se hubiera agradado la Divinidad de un sacrificio cuya víctima fuera una alimaña ridícula, estragada por la roña, macilenta, fea a la vista y repugnante al paladar. La virtud del cuerpo, virtud física ofrecida a Dios en forma de hambre, azotes, demacración horrible, llagas vivas, es fiesta nefanda. Lastimarse la espalda con las disciplinas, amortiguar el brazo con los cilicios, perder belleza, fuerzas y salud, ¿es ser digno de la hermosura y la salud eterna? Las virtudes propiamente dichas son impalpables; no tienen carnes que abrirse con pelotas de puntas de vidrio; no tienen estómago que atormentar con la necesidad; no tienen cabeza que perturbar con el insomnio; el hombre o la mujer que se aproxime a Dios con el amor violento de los serafines, ése es el santo; ésa, la santa; porque en ese amor están ardiendo todas las virtudes. Los santos del azote me causan horror: ésa no es sino la estupidez sanguinaria que se está agitando sin objeto. Santas como Santa Inés, que sufren el martirio y mueren por Dios, antes que salvar la vida y ser felices del mundo a costa de la conciencia y la virtud, dádmelas. ¡Y cuán bella es esa niña de quince años! ¡Y cuán fuerte es su infantil debilidad! Tesoros, promesas, amenazas, todo en balde: el tirano, desesperado, cae a sus plantas, echa lágrimas ardientes de amor y crimen: enfurecido, se endereza, grita a sus esbirros, da órdenes furibundas: la joven, serena, inflexible, y siempre hermosa, sonrío a la muerte que ya llega en las ungas de las lanzas. La hirieron, murió; murió por su religión y

su honra: murió virgen, inocente, subió al cielo en alas de los ángeles. Y alas de los ángeles no fueron para ella hambres continuas, maceraciones insensatas, martirios indignos; fueron esas invisibles que despliegan las virtudes, y se mueven a impulsos del Altísimo, que sopla en ellas y las envía por las regiones de la gloria en armonioso movimiento. Santa Teresa de Jesús elevada a la inmortalidad en esos éxtasis sublimes que la ponen en contacto con los seres divinos, y la hacen gozar anticipadamente de una ráfaga de gloria eterna, ésa es la que me causa maravilla y me infunde anhelo de una imitación imposible. Santa Mónica, madre de San Agustín, tomada de ese amor de los serafines, practicando las obras de misericordia, colgada del Señor todopoderoso y misericordioso para que llame a su hijo querido, ésa es la santa. De ser un idiota que pasa el día en la ociosidad metido en la iglesia, y a la noche se tira sobre cama de ortigas, dándose a entender que es santo, quiero ser pecador hombre de bien, que a lo menos honra a Dios con el pensamiento y sirve a sus semejantes con el trabajo. Vosotros queréis, pseudo-católicos, nos pongamos a dormir sobre un montón de espinos, como lo hacéis vosotros, salvo el derecho de levantaros en lo oscuro y pasar de puntillas al dormitorio de vuestro amigo ausente.. Bene quidem: mi senda es otra: si llego a Dios, no ha de ser por la tortuosa de la hipocresía.

Bella será y amable, «la joven que prende su cerilla y la pone a su patrón por la salud de su hijo». Ni mío es el trigo, ni mía es la cibera: muela quien quiera; mas ruégoos consideréis otro refrán que dice por ahí: «ir por lana y volver trasquilados». Mondos y lirondos os halláis, amigos; que a nuestro modo de ver, os hemos trasquilado, y a cruces; lo que los latinos llamaban turpiter decalvare; y el Fuero juzgo esquilar laidamente. Jóvenes bellas y amables las puede haber entre los romanos, puesto que no pongan cerillas, ni tomen las hebillas..., de don Diego, como vosotros: veamos si las hay sublimes. Cecina Peto, varón de pro, ha tomado cartas en la conspiración de Escriboniano contra el emperador: Escriboniano sale nial y muere: Cecina Peto anda vacilando y temeroso. Es de saber que en ese pueblo, el condenado a muerte que la esperaba de manos del verdugo, quedaba infame; el modo de salvar la honra era anticiparse al ejecutor con la propia. Arria, mujer de ese hombre pusilánime, aterrada del peligro que está corriendo su marido de tener mala suerte, toma un cuchillo, entiérraselo en su propio seno, sácalo chorreando sangre, y con divina sonrisa se lo presenta a su marido diciendo: Praete, non dolet! Peto, no duele. Peto, avergonzado, toma el cuchillo, y hace su deber. Ésta no es bella y amable; pero es bella y terrible; ejemplo inaudito de valor y denuedo, que con una proeza salva a su esposo de la infamia.

¡Cuánta delicadeza en la muerte de la mujer de Fulvio! Era éste un privado de Augusto que poseía sus secretos, y a su vez se los recomendaba a su consorte. Mujer, no los podía callar, y descubrió uno de no poco momento. Fulvio experimenta en breve el ceño reprochador de su amo: desesperado, corre a su mujer, y le cuenta lo que pasa. «Con razón, y muy bien merecido, responde ésta: bien sabes que no tengo ningún poder sobre mi lengua; y con todo no dejás de recargarme de secretos. Mas a todo se puede dar un corte; y pues yo he sido la causa de tu desgracia, yo quiero darte el modo de remediarla: muere, amigo querido: sigue a tu esposa, la cual, si no ha alcanzado a preservarte de los peligros con el silencio, no se verá falta de ánimo para salvarte con el ejemplo.» Y diciendo y haciendo se mata a ojos vistas de su marido, no tanto asombrado, cuanto pronto a imitar el heroísmo de su mujer sublime.

Ahora supongo que queréis también una joven hermosa y amable; ¿y me la exigís como prueba de la bondad y la belleza de esos tiempos, grandes tiempos de Grecia y Roma? Vedla aquí, y mirad si no vale tanto, y acaso más, que la del patrón y la cerilla. Cleombroto, yerno de Leónidas, rey de Esparta, se ha revelado contra su suegro, le ha vencido y expelido de Lacedemonia. Quelonisa, hija

del rey en desgracia, deja a su marido triunfante, y se va al destierro con su anciano padre: allí fue para él ojos de ciego, pies de cojo; todo lo que era el santo Job para los predilectos del infortunio. Pero Leónidas tiene su bando en la patria ausente; y como la prosperidad raras veces tiene vuelta de hoja, Cleombroto se viene a tierra, vuelve su suegro, tornan las cosas a como antes eran. ¿Y Quelonisa? Quelonisa deja a su padre vencedor, y se va al destierro con su marido desgraciado. Allí fue para él madre, esposa e hija. ¿Es o no amable esta Joven? ¿Es o no buena esta hermosa joven? La cerilla, está bien: cualquiera la puede poner, que sea buena, que sea mala: abrazar en todo caso el partido de los dolores, enjugar lágrimas, ser báculo de la vejez, amor del corazón, ángel de la guarda del vencido, siempre del vencido, esto es santidad; y estas mujeres, como la vestal Tuccia, pueden traer agua en un harnero. La sangre de una muchacha buena, pura, como la del cordero con que fueron señaladas las puertas de los israelitas, salva del exterminio a toda una raza. El que una posesa del demonio del fanatismo duerma sobre tres piedras, y coma tres habas crudas por día, a nadie aprovecha; al paso que las acciones que envuelven amor y abnegación son prendas de la grandeza del género humano y gloria del Criador. Jesús anduvo siempre tras los que podían necesitar de él: no vivió encerrado en una cueva, ni se maceró la carnes, ni dio en esas bajas demostraciones de arrastrarse y desfigurarse, como después lo han hecho algunos frenéticos, echándolo a cuenta suya, y como quienes practicaban las virtudes.

Ahora viene Lucrecia. Todos preferiremos siempre a María, Madre de Dios, sobre Lucrecia, mujer de Colatino, esto es sin duda: no hay, no puede haber contraposición, rivalidad entre ellas: la virtud se junta con la virtud a pesar de tiempos y distancias. Mahoma ha reunido a María, hermana de Moisés; María, madre de Jesús; Cadijah, su esposa; Fátima, su hija, y las ha llamado «las cuatro mujeres perfectas»: vosotros, cristianos de por ahí, tomaríais por los cabellos a Fátima y Cadijah, y sin averiguar su condición, sin meteros en consultas con el juez supremo, las aventaríais al infierno, tan solamente porque eran esposa e hija de Mahoma. Éste ha hecho lo contrario: ha tomado a la hermana de Moisés y la madre de Jesús, y las ha puesto como las dos primeras mujeres perfectas. Volvéis, pues, al verdadero, menos benigno, menos perdonador que el falso profeta. Guárdeme Dios de querer igualar a esas mujeres: lo que hay de virtud en ellas, si es virtud, todo se saldrá allá; mas el santo privilegio de María de ser madre del Enviado de Dios, la levanta sobre las personas de su sexo y sobre el género humano. Si a grandeza de alma y a virtudes va, Lucrecia, la suicida, hubiera sido Santa Lucrecia, si en tiempo de los reyes hubiera curia romana, y se usara mandar allá cincuenta mil pesos para las diligencias legales de la canonización. Ya veo que se os erizan los cabellos, rugís de cólera y huís de espanto haciéndome cruces: no importa: Lucrecia, mujer de Colatino, hubiera sido Santa Lucrecia, y vosotros le hubierais puesto velas, pidiéndole sabe el diablo qué cosas ilícitas con vuestras secretas oraciones. Lucrecia es un conjunto de virtudes, virtudes cristianas: modesta, humilde; pues siendo gran señora, trabaja en uno con sus criadas. Caritativa; pues no habla ni hace mal a nadie. Honesta; pues por haber perdido la honra a pesar suyo se da de puñaladas. Aquí está lo malo, decís: con este hecho impíamente heroico pierde todas sus virtudes. No es así: una mujer cristiana, desde luego, luchará hasta la muerte; y si la defensa hubiera flaqueado por falta de vigor, todavía le quedaba el último arbitrio, cual era quitarse la vida antes de la consumación del sacrificio. Si nuestras ideas reinaran entonces, Lucrecia hubiera hecho lo propio; mas el cristianismo no iluminaba aún la tierra, y una mujer, por santa que fuera, no podía atenerse a sus prescripciones ni sus prohibiciones. Mas aún: la esposa de Colatino, lejos de cometer un crimen con suicidarse, no consumaba sino una acción indiferente según los principios de esos tiempos; indiferente, si ya no era virtuosa, como indicador de ánimo fuerte y virilidad siempre bien vistos por los romanos. Ni la religión, ni las leyes, ni las costumbres prohibían el suicidio; ¿y había de ser criminal quien lo verificaba? Y echad de ver que no aplaudí en Lucrecia el suicidio, ni pretendería yo que todas las

mujeres se matasen, si sufriesen la desgracia de esa antigua: el amor a la hora, la virtud sin límites, la pureza del alma irritada que la ponen en la necesidad de quitarse la vida, esto es lo que me enfervoriza. Lo que yo quisiera que nuestras mujeres aprendiesen de Lucrecia sería la fidelidad, la buena fe, y esa honesta pasión a su marido, que no le permiten vivir después de haberlas violado. No, no quise la imitasen ni en el gentilismo, ni en el suicidio. Era éste acción tan inocente entre griegos y romanos, que por el mismo caso venía a ser muy común. Para ciertas escuelas, como la de Hejecías, rara virtud quitarse la vida; y tan elocuente el sofista, que Antígono hizo cerrar de mano poderosa la dicha escuela no fuese que su reino quedase despoblado. Todos saben que Ambrociata, como acabó de leer el Fedón de Platón, corrió al mar y se echó en él de cabeza. Hubo tiempo en que las doncellas milecianas dieron en matarse, tomando tal incremento su locura, que los legisladores intervinieron en ese fúnebre negocio con leyes diferentes. Nada pudo eso con las muchachas enloquecidas por obra de «una extraña melancolía», según dice el historiador que trae este caso; ni exhortaciones de los sacerdotes, ni expedientes de los magistrados, ni lágrimas de los padres. En este conflicto, los senadores dieron una ley, la cual disponía que el cuerpo de la suicida fuera colgado desnudo en la plaza pública. La providencia fue eficaz: pudor alcanzó lo que no habían alcanzado amor ni consejo. Y no vayáis, cazadores de contradicciones, a tomarme en una de bulto, habiendo yo dicho poco ha que las leyes no prohibían el suicidio. No lo prohibían: este fue un caso excepcional, y como desgracia extraordinaria que amenazaba con la ruina de Mileto, el legislador debió meterse de por medio: bien así como le sale al frente, y con sabias providencias le barrea el paso a la peste, sin que haya dado leyes contra ella en tiempos de mortalidad: la mortandad es caso raro, al cual conviene acudir con arbitrios supremos.

Matábanse los hombres por tan leves causas en aquellos siglos, que parecía se mataban no más que por matarse.

Midas se quitó la vida tomando por malagüero él ladrar de un braco; Aristodemo, porque había tenido un sueño triste. En Roma, Lucio Aruncio se dio la muerte, por huir, dijo, del pasado y del futuro. Granio Silvano y Estacio Próximo, por no aceptar la gracia de hombre tan malo como Nerón. En la antigua República de Marsella guardaban por cuenta del erario cicuta preparada para las personas que quisieran salir de este mundo, adelantándose por su cuenta en demanda de los secretos eternos. Tal era el suicidio en la Antigüedad, ¡y venimos a condenar a Lucrecia por suicida! Los españoles juzgaron en Méjico, y condenaron a muerte a Cuelpopaca, general de Moctezuma, según las leyes de España. Montesquiu dice que éste es el ejemplo más raro de esas usurpaciones sangrientas con que los hombres han lastimado la justicia. Otro tanto hizo Francisco Pizarro con Atahualpa, a quien echó al fuego, entre otros artículos de acusación, porque el Inca había tenido muchas mujeres, cuando las leyes de Castilla prohibían la poligamia. No de otro modo los católicos ignorantes juzgan a los pueblos anteriores al Mesías por las leyes, no de Jesús siquiera, sino de la curia eclesiástica. Platón, Aristóteles, Marco Tulio han quebrantado los mandamientos de la Iglesia: no han oído misa entera, no han confesado y comulgado por pascua florida, no han pagado diezmos y primicias, no han comido peje el viernes, no han ganado indulgencias; ¡al infierno! He aquí la santidad, he aquí la sabiduría de esos locos voluntarios. ¿Y a qué infierno se hubieran ido, cuando no lo había en esa época del mundo? El infierno es institución posterior; lo que entonces había era Averno, Tártaro, debajo de los Campos Elíseos, cosa muy diferente del infierno de sapos y culebras de nuestros clérigos. Decir que Tales de Mileto, Pitágoras de Samos, Anacársis y más filósofos pata de perro están en el infierno de los cristianos es lo mismo que decir que esos sabios vagabundos se fueron a Babilonia en ferrocarril, y visitaron las Pirámides en velocípedo. Que se hallen en el Orco, siquier Tártaro, vaya en gracia; en el infierno católico, nego. El infierno católico es asunto que nos

atañe a nos los papistas, nos los jesuitas, nos los benedictino; el infierno católico nos incumbe a nos las hijas del Buen Pastor, nos las beatas, nos las viejas urdemalas; el infierno católico es ganga de los que oímos misa, nos rompemos el pecho a mojicones, pagamos diezmos a la Iglesia y despojamos al desvalido para reembolsar esa contribución sagrada. A él nos vamos los pontífices con nuestras tiaras sembradas de pedrería fina, y nuestro báculo de puño de oro; a él nos vamos los obispos con nuestras altas mitras y nuestra capa magna; a él nos vamos los canónigos con nuestra barriga reverenda y nuestra papada de tres pisos; a él nos vamos los curas con nuestra codicia, nuestra inclemencia, nuestra ignorancia y nuestros hijos. Las almas de los escépticos, los pirrónicos y los peripatéticos no pueden haber permanecido mil años en el aire esperando la fundación de nuestro infierno. A él nos vamos los emperadores cargados de riquezas, de soberbias y de sangre; a él los guerreros hartos de victorias y laureles, hartos de lagrimas sin compasión ni remedio; a él los sabios falibles, pseudo-sabios, que propagan absurdos y enseñan equivocaciones; a él los hombres de estado que provocan guerras, esquilman a los pueblos y echan a perder la república por ineptitud o por malicia. ¿Qué lugar ha de haber para los gentiles en nuestro infierno? A él nos vamos los letrados vanidosos, los escritores maliciosos, los poetas inmorales y tontos; a él las señoronas gordas de pecados, las señoritas afeitadas de alma y cuerpo, las maduras impertinentes. Jurisconsultos, escribanos, tiranuelos, esbirros, frailes, clérigos y monjas, muchos son entre nosotros para que haya vacantes en el infierno de ofrecer a los pecadores del gentilismo. La América para los americanos, dijo Monroe, esta idea se ha convertido en principio de derecho tácito; así, el infierno para los católicos; y quede esta regla convertida en dogma de fe. Si quis... anathema!

Lejos nos hallarnos de pensar que el infierno sea creencia perjudicial, ni siquiera inútil para el género humano. Si no existiese el infierno, sería preciso inventarlo, como ha dicho un filósofo hablando de Dios. Raros, muy raros serían los hombres que amasen a Dios, aun cuando no hubiera cielo; y le temiesen, aun cuando no hubiera infierno, como la santa doctora que tantas veces hemos de nombrar en este libro. La idea de las recompensas y los castigos futuros es de todas las religiones, y está fundada en el principio de la justicia universal, la justicia divina. Si en este mundo pudieran ser castigados todos los delitos, estarían tal vez por demás las penas subsecuentes a la vida; y si todas las virtudes y las buenas obras fueran premiadas desde aquí, el galardón de la eternidad no viniera a ser del todo necesario. Mas como nuestros peores delitos, cuales son los que cometemos en lo profundo del pecho contra nuestro Criador y Padre, quedan impunes en la tierra, justo es pensar que algo hay allá de terrible y no sospechado por nosotros. Asimismo, la conciencia y el sentido interior no toleran ver frustradas por la nada las mayores virtudes de que somos capaces. La parte feliz de nuestra especie; éstos que viven sin motivo de queja del mundo; que gozan según su naturaleza, y no padecen poco; éstos que ni experimentan el suplicio perpetuo del crimen, ni saborean la dulce satisfacción de las buenas acciones; éstos podrán quizá ser indiferentes a la doctrina de la gloria y las penas futuras. Los que padecen por la justicia, la verdad, la moral; los que trabajan y viven hartos de hambre; los que sudan y no tienen agua; los que sirven a sus semejantes, y reciben en desprecios y golpes el pago de su buena voluntad; los que sufren con paciencia los rigores de la suerte, derramando lágrimas de resignación y amor; los que ven sus miembros lacerados, su piel escoriada, sus huesos desportillados, y no se irritan ni reniegan; los que en medio de las sombras dolorosas de la miseria levantan los ojos a Dios y le bendicen; los que se sacrifican por las santas causas; los que viven pensando y alabando al infinito, creyendo y temiendo; éstos, digo, todos éstos, tienen derecho a la recompensa futura: la nada sería gran injusticia; y Dios no las comete ni grandes ni pequeñas. Ahora, pues, los malvados que hacen todo; los sacrílegos que se burlan de lo que no saben ni conocen; los tiranos que destruyen pueblos asesinandolos o corrompiéndolos; los mentirosos que matan alevosamente la verdad a cada paso; los calumniantes que exponen a la deshonra o la ruina al

inocente; los que derraman sangre con premeditación; los libertinos infatigables que se comen a bocados honestidad, pudor y paz de las familias; los impíos que niegan a Dios; los corrompidos que predicán el abuso con nombre de libertad, la violencia a título de derecho, el error en forma de luces; los hipócritas que engullen carne divina, devorando los miembros de Cristo debajo de la capa; los fanáticos que propagan su religión a sangre y fuego, insultando y calumniando a la Divinidad: todos estos perseguidores tenaces de Dios y de los hombres, que se van sanos y buenos a la sepultura, sin haber padecido ni sufrido; justo es, necesario es que allá, al otro lado de la vida, vayan a ver lo que han hecho y paguen sus maldades. Ticio, cuyo hígado hinchado sirve de comida inagotable a un buitre inmortal; Ixión, dando vueltas eternamente en su rueda espantosa; Sísifo, a cuestras con su pedrón por el repecho a cuya cima nunca llega, son emblema del infierno de los griegos, y acreditan que ese pueblo sabio no desechó la doctrina de las penas y las recompensas futuras. En mi humilde entender yo no difiero de los más creyentes sino en la naturaleza de esas penas y esas recompensas, y en la arbitrariedad con que nuestros sacerdotes condenan a los que, probablemente, Dios recibe en su regazo. Componer un infierno de los males conocidos por nosotros, es negarle sus secretos a la eternidad. Yo oí una vez un sermón en el cual el orador ponía a la vista de los pecadores el infierno. Desde luego, no había en él qué comer ni qué beber, sino una vez por semana, a fin de que los precitos no murieran de hambre; y ese tardío desayuno eran unas cuantas culebras mal sancochadas, otras tantas lagartijas, y algunos sapos crudos envueltos en mostaza. Después decía que los diablos los bañaban a los condenados en agua fría, les pinchaban el cuero con alfileres y los obligaban a dormir sin sábanas. La gente anda allí muy flaca: hay temblores de tierra a media noche; viruelas y sarampión dos veces al año: corren muchas falsas noticias; las mujeres son tuertas; y los hombres, borrachos. Cuando se ha menester agua, no llueve; cuando sobra humedad, no deja de llover. Las papas se agusanan; el maíz se pierde, y la joral se viene a poner carísima. Cuando tienen sed, se ven obligados los malditos a beber de un río de tinta que está corriendo entre piedras muy gordas. Los vientos son más fuertes que los de Huashapamba; los perros cogen rabia y muerden a los transeúntes. Los criados no permanecen; fugan hombres y mujeres; la casa queda sola, y cabalmente llegan huéspedes cuando la señora está enferma. ¡Éste es el infierno, católicos! Que esta oración es de aldea, no hay para que se diga. Las viejas lloraban y se aporreaban el pecho, y gritaban; mas dudo que un auditorio francés se hubiera erguido de súbito, pálido, aterrado como cuando Massillón tocó al infierno con la mano y lo puso por delante. Ese infierno no es de fuego ni de nieve: es la vida y el conocimiento en medio del vacío. La ausencia de Dios produce las tinieblas y estas tinieblas son sin frío ni calor, sin hambre ni sed, sin goces ni dolores; mas causan en el alma el convencimiento de una existencia sin fin, metidos allí en esa vasta nada, viviendo la muerte perdurable: éste es el infierno. Y éste no para los a quienes sin razón ni justicia condenan jueces del mundo, sino para los que lo han merecido por sus obras. Las nodrizas de Roma solían espantar a sus niños con el eunuco Narses; no de otro modo ese buen cura y mejor orador aterró al inocente auditorio con un punto realmente patético, hablando de las malas noticias que corrían en el infierno, cuando dijo: «Hermanos míos, allí hay amenazas continuas de que viene el mudo Ignacio Veintemillas, esconded cuanto tengáis, ¡escondedlo!, ¡zarcillos de vuestras hijas, cucharas de plata, animales domésticos, debajo de la tierra! Miradle ahí, ya llega: esa cara de caballo, esa cerviz de toro, esos ojos de besugo, esas patas de elefante, tuyas son, católicos! ¿Y el borrachón de Urbina es ése que viene atrás, cayéndose a un lado y a otro? Pensará que aquí hay aguardiente, malas mujeres, montones de oro que llevar a su casa. Los que le han mantenido en sus épocas de hambre; los que le han dado una capa de dos que tenían; los que le han sacado la barba del lodo no están aquí! ¡En vano vienes, pícaro!, no tendrás a quien meter en calabozos y dejarlos morir con grillos; a quienes desterrar y condenar a las necesidades que te aliviaron; a quienes difamar y calumniar porque te defendieron.

Mala residencia es el infierno, pero no tanto que sea buena para ingratos y bribones como tú. ¡Qué fin el tuyo, canalla!, qué fin... Para morir en la infamia, el desprecio público, la abominación general, mejor te estuviera haberte hecho cargar por los diablos ahora treinta años: ¿no es verdad, católicos? Si este libro llegase por ventura a manos de lectores europeos, seguro está que tomasen este sermón al pie de la letra: en América, donde curas y misioneros son la gente menos letrada y más inculta, oraciones como ésta son comunísimas. Dicen las verdades en el púlpito en ocasiones, como la presente, ¡pero en qué forma!; otras la ocultan y son del todo maliciosos. La regla no es general: hombres hay entre los eclesiásticos, de inteligencia y saber, y algunos que pudieran entrar en docena con los mejores del vicio mundo.

Volvemos a Lucrecia. ¿Qué hubiera debido hacer una cristiana en la estrecha situación de la romana? Resistir hasta el último suspiro, y matarse, pero antes del daño irremediable, decís. Mas Lucrecia no lo podía: ¿por qué? Por motivo de esa misma infamia de que ella quería huir. Viene Sexto Tarquino, hijo del rey, y la amenaza con la muerte si en el acto no se rinde a su pasión. La honesta esposa desprecia el hierro que ya rompe su seno. «Pues mira, dice el príncipe, te quito la vida, hago lo propio con uno de tus esclavos, pongo juntos los dos cadáveres, vuelo a Colatino, y le doy cuenta de haber matado a su mujer, como buen amigo suyo, por haberla sorprendido en flagrante delito de adulterio con un vil doméstico.» Sabido es que entre los romanos todos tenían facultad de matar a los adúlteros, si los tomaban con las manos en el crimen; y quien tal hacía servía a sus amigos de manera de alcanzar su eterno agradecimiento. ¿Qué hace Lucrecia? ¿Qué debía hacer? Matarse. Vuelvo a recordaros que la doctrina de Jesucristo no era aún conocida, y que Lucrecia no pensó que cometía una acción reprehensible. ¿Debía haber dado cuenta a su marido sin quitarse la vida? «¿Por qué no resististe?», hubiera dicho éste. Porque no pude. ¿Pues, por qué no te dejaste matar? Porque me amenazó con la infamia. ¿Y ahora te juzgas limpia? ¿No estás infamada? ¿No eres infiel, adúltera? ¿Y no me cubre a mí tu ignominia más que a ti misma?» Lucrecia muere de mano santa, su propia mano, y esta muerte sublime trae consigo la libertad de Roma: ¡cuán grande acontecimiento!

Lucrecia es suicida, y por suicida, decís, no la debemos nombrar en hecho de virtudes. ¿Y qué diréis y qué haréis cuando os presente yo suicidas beatificadas, canonizadas por el Pontífice Romano? ¿Suicidas con la propia ocasión que Lucrecia, suicidas santas, santas suicidas? ¡Qué asombro! Aquí están, aquí están. Vosotros que sois tan buenos cristianos debéis saber más que nosotros, pobres, desventurados herejes. Abrid las obras de San Ambrosio, buscad el tratado De la virginidad, y ved allí a Santa Pelagia, con su madre y sus hermanas, cómo se botan en un río, por no servir de plato a los hambrientos de ellas.

Echad la vista a la Historia Eclesiástica de Rufino y ved allí a Santa Sofronia que se da de puñaladas, cual otra Lucrecia, por huir de las brutales manos del emperador Maxencio.

Leed, buscad por ahí, y hallaréis otras varias suicidas santas, santas suicidas. Santa Margarita de Cortona, mujer de hermosura sin igual, se hiere el rostro, se lo magulla, provoca supuración pestilente en esas llagas, se mata la belleza, se mata la salud, suicidio atroz, por ahuyentar a sus enamorados. Y tened entendido que todas esas fueron canonizadas después de muertas, pues a mí se me ignora que nadie haya recibido en vida ese augusto tributo de veneración.

¿Qué decís? ¿Santa Pelagia, su madre y sus hermanas debieron haber servido de plato a los hambrientos de ellas por amor de Dios? ¿Santa Sofronia debió haberse entregado al emperador Maxencio por amor de Dios? Ajenos os hallabais de proferir una blasfemia, y la habéis proferido.

Yo, pobre hereje digno de compasión, me quedo a Lucrecia, Pelagia y Sofronia; vosotros, católicos romanos, ¿a quién os quedáis? Notable es que vuelva yo a proponeros tres suicidas. Prosigamos. Mas no hemos de proseguir antes de haceros yo saber a quién os quedáis vosotros. Vosotros os quedáis a esa santa de que habla Miguel de Montaigne, la cual, habiendo pasado por las manos de muchos soldados un día de libertad de amor y saqueo de honras, se lavaba las suyas, como Pilatos, diciendo alegremente: «Bendito sea Dios que a lo menos una vez me ha sucedido esto en la vida sin cargo de conciencia...» Hipócritas, como halléis resquicio para engañarle a la Divinidad, ya estáis contentos: si hubiese uno que os obligase a tomar lo ajeno, seríais ladrones sin culpa; si os constriñesen a hincar el puñal en el pecho de vuestro hermano, no os tendríais por homicidas; si os obligasen a jurar falso, el perjurio no sería pecado vuestro. Así la heroína de Montaigne quedó muy satisfecha: en poco estuvo no pensase haber llevado adelante un acto meritorio.

Ni pretendí hacer comparaciones entre las mujeres paganas y las cristianas, ni menos dar la preferencia a éstas. Cada cual en su lugar; María, en el corazón y la cabeza, en la cabeza y los labios de la mujer desde que nace hasta que expira. Lela Marien es figuración divina hasta en los devaneos religiosos de los moros. Lucrecia, Arria, Pompeya Paulina podrán servir para la educación secundaria, si el clérigo Freury anda fuera de camino, cuando no exige en la mujer sino un poco de música, un poco de canto y el modo de hacer bien una cortesía. Él hombre moderno, civilizado según la forma de las sociedades que componemos y los tiempos que alcanzamos, ha de ser cristiano desde luego, después gentil, sin tener nociones de la filosofía y la moral antiguas, y admirar las virtudes heroicas es, como afirmáis, profesar el gentilismo. Ya os comprendo que vuestro ahínco es echar abajo toda la grande antigüedad, de un hachazo, como el soldado de Constantino hizo con la estatua de Serapis. Advertid, hermanos, que eso sería entrar en Roma a sangre y fuego tras ese horrible Gregorio que dio el asalto a la ciudad jurando muerte y ruina a todo lo que diese de sí un olor de paganismo, aun cuando fuesen templos maravillosos, mármoles y bronce animados por la inspiración divina de los artistas de la Grecia. Echar abajo la antigüedad es meter fuego a la Biblioteca alejandrina: echar abajo la antigüedad es empeñarse en destruir, como Calígula, la Ilíada de Homero y las Décadas de Tito Livio. De buena gana destruiríais la Ilíada, ¿no es verdad? ¿Y cómo no, cuando en ella no se habla de Santo Domingo, fundador de la Inquisición, ni de San Ignacio de Loyola, sino de Júpiter Tonante y Agamenón Atrida? Destruid la Ilíada, amigos, y asemejaos a Calígula, católico-apostólico-romano. Yo no la destruyo, y aprendo de memoria la Escritura Sagrada, fuente inagotable de virtudes, mar de poesía, monumento grandioso digno de la inspiración divina. Si a bien lo tenéis ahora, levantadme un auto de fe, enseñadme con el dedo las calderas hirvientes; Torquemada está pronto a escucharos y complaceros. Qué insensato empeño es éste de formar sectas, deslindarlas, apartarlas, ¿dónde no hay ni puede haber sino una religión y doctrina? Todos somos unos en ellas, y grito yo con Jeremías: ¡El templo de Dios, el templo de Dios, el templo de Dios está entre nosotros!

¡Y Cicerón! ¿Mi Cicerón viene aquí arrastrado por las barbas como sodomita, para que el fuego del cielo llueva sobre él? No se me acuerda haber leído en ninguna parte que este grande hombre se hubiese precipitado en ese abismo: los historiadores de Roma no lo dicen, y no han puesto en olvido el matrimonio de Nerón con el infame Espero, ni los amores del emperador Adriano con el muchacho Anfinoo. Plutarco, el filósofo austero que nada perdona a los sujetos de sus comparaciones, no te afea a Marco Tulio con ese vicio, ni es por ahí por donde éste le viene a ser inferior a Demóstenes. Midleto en la vida prolija que de ese antiguo ha compuesto, no dice; ¿en qué fuente han bebido, los seudo-católicos esa noticia? Éstos traen sus papeles mojados, si ya no han ido a consultarse con la estatua del padre Pasquinio. Lástima que no caigan en manos de Sixto V, para

que este varón justiciero les corte manos y lengua; manos y lengua que así se atreven a ponerse en una de las reputaciones más tersas que hubiesen cruzado los siglos, para llegar a nosotros a maravillarnos con la grandeza y mejorarnos con el ejemplo. jamás han imputado vicio ninguno a Cicerón: en el más corrompido de los siglos, puédesele citar como brillante paradigma de virtud. Codicia, envidia, malignidad, concupiscencia y más groseras pasiones que dominan a las almas vulgares, nunca tuvieron el menor ascendiente sobre la suya. Los que leyeron sus cartas familiares no descubrirán en ellas nada de bajo, arrebatado, licencioso; nada que haga sospechar alguna mala fe. Cuando Cicerón, escribiendo a Peto, le cuenta su encuentro casual con la cortesana Cyteris en casa de su amigo Volumnio, hace pie en la nombradía de esa mujer pública para confesar que a él le gustaba comer bien; no mucho, sino bueno; pero que en ningún tiempo había tenido inclinación a los otros vicios y menos al libertinaje. Los que le echan en rostro sus dos repudios, no cargan la consideración en que este hombre tan feliz había sido el más infeliz de los mortales en el hogar doméstico. Terencia, su primera mujer, ostentó el corazón más duro y revesado que puede haber en pecho femenino; cuando todo el mundo tenía a gloria presentar algo al vencedor de Catilina en el destierro, ella solamente le negó los socorros indispensables para la vida haciendo gala de frialdad en sus cartas, o insultándole necia, cuando lo que había menester ese delicado proscrito eran los consuelos de la amistad y el amor. Vuelve a la patria por decreto soberano: Italia entera, como él mismo dice, sale a su encuentro: los olivares de Tibur, las flores de la campiña romana son apenas suficientes para los arcos y las coronas que disponen hombres y mujeres: Senado, sacerdocio, patricios, gente llana, plebe, todos se van de vuelta encontrada hacia el varón ínclito: Terencia, muda, rostrituerta, como quien estuviese devorando mortal disgusto, se queda en su casa. Llega Cicerón a Brindis, se detiene allí algunos días; su hija, su adorada Tulia, echando ríos de lágrimas, suplica a su madre le proporcione los medios necesarios para ir a ver y abrazar a su padre: la cruel Terencia le niega todo. No importa; la buena hija rompe por las dificultades, y vuela a echarse en los brazos que la envuelven con pasión infinita. Una vez en Roma, el varón consular supo que su mujer se había ocupado en hablar de él durante su ausencia, en difamarle y burlarse de sus más loables acciones; en seducir a su hija para que dejase de quererle. Herido en el corazón, indignado, la repudia, y hace bien. La indisolubilidad del matrimonio es una de las leyes más sabias del cristianismo: las desgracias particulares redundan en provecho general, y los males y abusos del divorcio se han evitado con esta cadena, pesada para algunos, dolorosa en sumo grado, pero salvadora de la familia y la sociedad humana. Entre los romanos el divorcio era permitido; y la mujer mal avisada que pagaba con ingratitud y bajeza el sacrificio de un hombre, allí al punto recibía su castigo.

El señor de Chateaubriand, en su flujo por traer a menos la Roma antigua, porque algo resulte en provecho de la moderna, admira la corrupción de ese pueblo, y como prueba nefanda, nos reduce a la memoria el divorcio de Cicerón. Este verificó un acto lícito y llano según los códigos de su patria; y no alcanzamos cómo el ejercicio inocente de un derecho deponga en contra del que se atiene a sus regalías. Si el señor vizconde sienta que la corrupción estaba en las leyes mismas, tendrá que haberlas con todos los grandes hombres que las han hecho provenir de inspiración divina, y con todos los grandes pueblos que en ellas han fundado su legislación. Era, por el contrario tan suma la moralidad del pueblo romano en sus mejores épocas, en los siglos de sus virtudes, que dejaban de aprovecharse de las concesiones legítimas de la ley por respeto a los auspicios, como lo hemos observado en el caso de Carvilio Ruga. Los romanos tenía facultades de repudiar a sus esposas, y algunas veces las repudiaban; por donde viene a ser el pueblo más corrompido del mundo, según el gran apologista de la Iglesia. Ahora veamos cuáles son más corrompidos, ¿si los que verifican un acto según la ley, o los que lo verifican infringiéndola? Cicerón, gentil, repudia a su mujer, sin faltar

a las leyes; Napoleón, cristiano católico-apostólico-romano, repudia a la suya a pesar de los preceptos del cristianismo. Ciertamente, echar a pasear a Terencia, mujer indigna de hombre de tanto mérito como Cicerón, es peor que despedir a una santa como Josefina Beauharnais. El uno es corrompido, porque es pagano, y no traspasa ley ninguna; el otro no lo es, porque es cristiano, aunque la traspase. No es verdad, por otra parte, que Marco Tulio hubiese repudiado a Terencia «por casarse con su pupila», como sostiene el autor de El Genio del Cristianismo; repudióla por los motivos que hemos enunciado, y se casó después con Publia, sin haber pensado en ello anticipadamente. El señor de Chateaubriand falta a la precisión histórica, y sea dicho con perdón de tan grande hombre. Bonaparte, cristiano, repudia a Josefina, por casarse con María Luisa: éste es el punto. Y Bonaparte no es sino el ejemplo de los infinitos casos que pudiéramos traer, no solamente de emperadores y reyes católicos descasados, sino también de simples personas particulares. El que de Sevilla sale, herrada lleva la bolsa, dice un refrán, y si va a Roma, vuelve descasado, si lo quiere. Con que el divorcio fundado en profundas razones, permitido por la ley, es corrupción; y el divorcio por dinero, traspasando la ley, no es corrupción. He aquí, señor vizconde, los efectos de eso que vosotros llamáis, en vuestra lengua, un parti pris; esto es, una causa abrazada a ciegas, y defendida a todo trance. Con su segunda mujer Cicerón procedió más de ligero: no pudo sufrir la tirria con que

ella miraba a Tulia, como buena madrastra, y sin más la echó a pasear, con haberle cautivado el amor de esa muchacha en términos de sacrificar el decoro de la edad, casándose hombre maduro con una casi niña. No usó, pues, de la facultad del divorcio por afición a otras mujeres, ni por prurito de variedad deshonesto, sino llevado de grande y justo resentimiento. Dion Casio, el historiador a quien todos llaman infame por esa su negra tendencia a la difamación y el descrédito de los antiguos más ilustres, se empeña en afejar a Marco Tulio con no sé qué amores misteriosos, cuya heroína anovelada es una tal Cerelia. Pero tan vano en sus imputaciones, que no puede menos de confesar él mismo que cuando Cicerón tenía sus pláticas con la Cerelia, ésta era vieja de setenta años. Linda edad, y muy para el efecto de apasionar corazones delicados y fervientes. Esta vieja, humanista, como las suele haber, era admiradora arrebatada del orador y escritor más brillante de Roma; su trato no pasó, ni pudo pasar, del puramente literario. Si a don Marco, por obra del demonio, se le trabucaron juicio y sentidos, manco male, ya no le envidio el gusto. La vieja le dio, sin duda, un bebedizo, incurriendo ab aeterno en la pena de las Siete Partidas, las cuales prohíben dar hierbas «á los homes é las muyeres para se far amaré derrocarse en ayuntamientos ilícitos é non alayados».

Muchos años después de la muerte de Cicerón los emperadores comenzaron a mirarle como una divinidad, y le tributaron el culto que suelen a las de segunda orden; y se vio, cosa rara, a Cicerón, Cástor y Pólux y Jesús adorados en un mismo altar por los gentiles. En concepto de los romanos, a Cicerón no le faltó sino resucitar para ser hombre divino, como el aparecido de repente «en planta de varón cabal», orillas del Jordán y el lago de Tiberíades, según la creencia de los docetas. Erasmo afirma que si Cicerón hubiera sido cristiano, la Iglesia le hubiera canonizado; Erasmo es uno que, andando a caza de flaquezas por la antigua Roma, y de defectos por las obras de Marco Tulio, primero que hallarle un vicio ni un acto infame en toda su vida, alcanzó a descubrir que no había sabido latín, y le tomó más de un solecismo. ¡Cuáles serían la rectitud de ese corazón y la pureza de esa vida, cuando sus mortales enemigos, como sean hombres de buena fe, han visto que por las virtudes privadas Cicerón hubiera sido santo! Y he aquí que dos mil años después brota de un estercolero una mano negra, se alarga en la punta de un hueso, y rompiendo la historia, y ensuciando la verdad, le da un bofetón al compañero de Jesús en el altar de los emperadores. Viviendo Cicerón, Escipión Nasica no hubiera sido declarado por decreto público el más santo de la ciudad, porque hubiera tenido un rival triunfante. Ya Erasmo le puso entre los de los cristianos; ahora dice: Quum

vita fuerit integra, nec integra solum, sed etiam casta: cuya vida fue, no de integridad solamente, también de castidad. De castidad, ¿habéis oído? El probo, el casto no es «sodomita»; los hijos del pecado, los malditos y nefandos perecen debajo de montones de abrasada ceniza; éste, como Lot, sale por aviso de los dioses, y se va adonde no le alcanza el castigo de los réprobos. ¡Lot huye, Lot se escapa, católicos!, envidad tras él vuestros esbirros, y dad orden, como Antonio, os traigan su cabeza y sus manos. Le alcanzaron, le cogieron; ya le llevan al profeta maniatado. Mas él ciega a los verdugos por la fuerza de la oración, y les dice: «Venid acá conmigo». Y cuando están en la plaza de Samaria, se dirige a Dios exclamando: «Abrid, Señor, los ojos a estos desgraciados para que vean dónde están». El poder de la santidad no sufre contrarresto; Lot huye de Sodoma de orden del Altísimo; Elíseo ciega a los esbirros; a Cicerón no le alcanza el fuego de las ciudades malditas. ¿Ni cómo le ha de alcanzar, cuando es casto?, ¿ni cómo le ha de alcanzar cuando si viviera en tiempos posteriores a Jesús hubiera sido canonizado?, ¿ni cómo le ha de alcanzar, cuando ni cometió crimen ni conoció vicio en el mundo? «Al gran maestro, al mayor de los doctores, al santo», ésta es la inscripción que, tomada de la China, ha puesto el género humano en la fachada del templo invisible que ha erigido a Cicerón. Si el infame triunviro no hubiese dispuesto arbitrariamente de la vida del grande hombre, éste, como Edipo, no habría tenido muerte natural; desvanecido en presencia de los hombres, habría subido al cielo en alas de los ángeles. Enoc desaparece arrebatado por la palabra divina; Elías se encumbra sobre un globo de fuego misterioso. El que al morir puede exclamar: «¡Me siento convertir en un dios!» Seguro está que su ángel de la guarda, o su Genio, le ha guiado siempre por caminos opuestos a los de Sodoma y Gomorra, donde crímenes y vicios llevan adelante un carnaval perpetuo. Puesto que la virtud divina vibra en vosotros, según decís con sobrada impiedad, haced descender por la fuerza de la oración las llamas del ciclo sobre la víctima. Falsos profetas, no lo habéis podido.

Ahora dejad que el íntegro, el casto levante a Dios su corazón y su palabra... ¿Por qué perdéis el color?, ¿por qué tembláis? ¡Esas llamas descenden, caen sobre vosotros, os devoran, sacerdotes de Baal!

«¡Ah, si en el seno de algún pueblo católico cundiera tan abominable vicio, se estremecieran de horror aun las potestades del infierno!», exclamáis horrorizados. Las potestades del infierno están estremecidas; Sodoma y Gomorra están reedificadas; horrorizaos. ¿En dónde? En el seno de más de un pueblo católico: en esas ciudades monstruos donde los vicios más inverosímiles habitan las tinieblas; donde el dios Príapo tiene altares en oscuros subterráneos; donde los hechizos de Venus nada pueden; donde los Antinoos y Esporos desbancan a las Cyteris y Popeas; donde... Jóvenes que habéis salido por un instante de la inocente América, decid si estoy hablando la verdad. ¿Qué de atrocidades, qué de pecados inauditos, qué de crímenes no se llevarán adelante en esas bacanales, que aun cuando no se disparen enloquecidas por las calles, estarán bailando, saltando y corriendo furiosas por sus escondrijos? Los que no habéis viajado, no sabéis..., mas nadie ignora por allá que ese nefando vicio está hoy tan coronado como en lo antiguo. Tan coronado no, pues las leyes no lo sufren, como en Atenas, ni lo prescriben a los mozos, como en la infame Tebas; pero ¡ay!, no deja de reinar. Estemos a justicia: España, en este particular, es la nación más bien quista con la Providencia; en España la naturaleza está en sus términos propios; reina majestuosa, no se apea ni un punto de su trono, y los hombres le prestan homenaje en debida forma. El grave, religioso español no va a Sodoma; si se pierde es en Jerusalén. De aquí proviene que nosotros estamos libres de ese vicio, nos horrorizamos de sólo oírlo, y la mayor parte de los sudamericanos aún ignoran lo que ello puede ser. ¡Dichosa ignorancia! Pero dad un paso de España, salvad las Columnas de Hércules, y allí veréis a la madre naturaleza tirada en el fango, pisoteada, estropeada por el hombre. «Dícese que en Argel se ha

llegado al extremo de no tener ni una mujer en los serrallos. Cuando los revolucionarios contra el sultán Achmet de Constantinopla saquearon la casa de Chaya, no encontraron en ella ni una sola». Éstas son llagas con que el género humano morirá infestado: si la ley de Cristo fuera observada, se las curara; mas ¿qué importa la profesemos cuando no la seguimos? No llueve fuego sobre las ciudades, no hay otro diluvio, porque el Señor ha dicho: «No maldeciré a la tierra en adelante a causa de los hombres, porque su corazón y su pensamiento están inclinados al mal desde que nacen; no fulminaré, pues, mi ira contra toda criatura viviente, como lo he hecho.»

«Para impugnarnos respecto de los católicos, nos echáis encima los vicios de los mahometanos, decís: que los argelinos no tengan mujeres en sus serrallos, no quiere decir que nosotros las desechemos.» Ya lo creo; vosotros no sois gimnosofistas puros que desecháis ninguna clase de logros y deleites; ni siquiera éstos a cuya vista se estremecen de horror las potestades del infierno. Venid conmigo, tomemos esta nave, y dentro del tercero día hemos descubierto tierra de Europa. ¿Qué cimborrios, qué torres, qué palacios de mármol son éstos que allá están resplandeciendo bañados por el sol de Italia? Mirad estas costas a lo largo de las cuales la encantada Parténope se va desenvolviendo, sembrada de ciudades, pueblos y aldeas pintorescas. Ésa es Nápoles, reina del mar Tirreno: Nápoles la bella, opulenta, amorosa. Id con tiento por esa ciudad católica; ella es sepulcro blanqueado de que hablan los profetas. Un hombre está allí contra la puerta de una iglesia; otro en la esquina de la calle; otro os sigue a la sordina. Ya se vienen a vosotros, ya se os llegan..., ¡os hablaron los infames!, ¿qué proposiciones son las tuyas?, ¿qué os ofrecen?, ¿qué inmundicias os echan en los oídos? Sodoma y Gomorra están reedificadas, las potestades del infierno están estremecidas. ¿Y qué extranjero no ha sido víctima de un ultraje irreparable en el monte Pincio, el Corso, la plaza del Pópulo, en Roma, ciudad del Pontífice Romano, cuando pasaba entre obscuro y claro, meditando por ventura en cosas elevadas e inocentes? Corredores del crimen, embajadores de Sodoma, los echacuervos que os siguen con el pecado nefando en las manos son tan comunes allá, que me admira no hayáis tenido de ello la menor noticia. Y he aquí que, si en el seno de algún pueblo católico cundiera tan abominable vicio, se estremecieran de horror aun las potestades del infierno.

Que los cristianos primitivos, con los olores frescos de las ciudades malditas chamuscadas a orillas del mar Muerto hubiesen temido esos hálitos ponzoñosos, y hubiesen tomado providencias para preservarse de ellos, pudiera admitir explicación; pero que los jesuitas, ortodoxos de ayer, se vean en la necesidad de hacer prohibiciones nefandas a su orden, como las hechas por el padre Aquaviva, esto es lo que no nos cabe en el entendimiento. Las amistades con los jovencitos son peligrosas, decía San Pacomo; y castigaba gradualmente a los hermanos que reían o se jugaban con los niños. Aquaviva, en las Instituciones, ha abrigado los mismos temores que San Pacomo, vecino de Salen y Pentápolis. Doroteo es todavía más severo con sus frailes: «Rechazad la amistad de los mozos como la del enemigo; huid de conversar con ellos ut amicitiam diaboli.»

No recibirás en tu celda a un niño ni un joven, exclama San Teodoro Studita, en un corazón con San Teodoro Studita, en un corazón con San Isidoro, quien tiene por peligro inminente el reír con un niño o el tocarle.

San Saba rechaza de su orden a los imberbes, no sea la honestidad corra peligro. Y es sabido que en el monasterio de San Bermón el maestro de escuela no podía estar ni un instante solo con uno de sus escolares, ni le era dado dirigirle la palabra sino en presencia de todos.

En las Instituciones de los jesuitas, *Regulae communes*, hay reglas como éstas:

De non loquendo;

De nemine tangendo; y aun les prohíben a los padres tocar perros ni gatos, ¡qué infamia! ¿En qué casa pública de prostitución comprendería nadie el motivo ni el objeto de prohibiciones semejantes? Amistades de mal olor, amicitiam male olentem, como las de las Regulae communes, no conocieron los de Puerto Real; y cuando, pulverizado por el Pontífice Romano, a pesar de San Agustín, Jansenio hubo caído, bailaron sobre él los jesuitas, le pusieron alas de diablo, y en una ruin farándula que llamaron comedia, le mandaron a los infiernos. Y Jansenio no había temido nunca hallarse a solas con un niño, ni tocar perros ni gatos. Ahora, pues, ¿los jesuitas son o no católicos?, ¿viven o no en el seno de más de un pueblo católico? Escarbó el gallo y descubrió el cuchillo; vuestro sodomita no ha sido Cicerón, el hombre más honesto y puro de la antigüedad, según el testimonio de muchos santos cristianos y doctores de la Iglesia. La justicia de los hombres henchidos de odio es un furor farisaico, dice San Pablo: la ciencia de los hombres henchidos de mala fe es una ignorancia satánica, digo yo. Éstos nunca andan buscando qué salvar sino qué devorar: Quaerens quem devoret. Mas cuando invocan las llamas del cielo para sus enemigos, las llamas caen sobre ellos, como sobre los ministros de Baal, y los consumen. Enemigos... ¿No saben que el verdadero cristiano no los tiene, porque sufre y perdona? Christianus nufflus est hostis.

Quintiliano formó su orador perfecto tomando a Cicerón por modelo. El orador perfecto, dice, ha de poseer todos los conocimientos humanos, todas las virtudes: probidad incorrupta, firmeza indomable, actividad que nunca pierde la esperanza de ilustrar a los hombres y hacerles ver lo cierto de las cosas; honestidad, valor, amor. al género humano, como Cicerón. ¿Y éste es el Cicerón vicioso cuyo conocimiento sería perjudicial para los jóvenes; cuya amistad, de mal olor, male olentem, para los niños? Poco es que este grande hombre haya vuelto más gloriosa a su patria con sus obras, que todos los capitanes juntos con sus hazañas y conquistas, como afirmó un antiguo; Cicerón ha convertido al cristianismo a los doctores que hoy son lumbrera de la Iglesia. Yo solamente soy capaz de sentar paradojas semejantes en pueblo como éste donde escribo, pero las siento, porque las puedo probar. Agustín es idólatra; en vano su santa madre vive colgada de la mano de Dios pidiéndole por él; Agustín permanece sumido en los vicios y los errores de una juventud desenfrenada; es vanidoso, se va desalado tras la preponderancia del orgullo. Deja una mujer, toma otra; la deja a ésta, busca la tercera, y la cuarta, y la quinta; sus aventuras dan golpe, vive del escándalo. Su propensión al mal es irresistible; asalta por la noche el cercado ajeno en gavilla con otros pícaros, y sacude los árboles de su vecino, le roba la fruta a ese hombre pobre, infeliz, para echarla a los puercos. Agustín es malo, corrompido; cae en sus manos un día El Hortensio, y siente en el corazón y el espíritu una transformación milagrosa; en el libro del pagano ha visto a Jesucristo; su doctrina, pura y limpia, allí está llamando a las almas a la nueva religión. Si a mí no me creéis, oídle a él mismo. «Este libro cambió, dice, todos mis afectos y mis ideas; enderezó a vos, Señor, todos mis ruegos, y dio dirección nueva a mis propósitos y mis deseos. Todas mis vanas esperanzas, envilecidas a mis propios ojos, cayeron en un pronto, y principié a levantarme hacia vos. Ser filósofo y sabio a la manera de Cicerón fue mi ardiente anhelo; este hombre nos vuelve sensible y palpable el precepto del Espíritu Santo; guardaos de los incentivos de la vana filosofía que sigue las tradiciones de los hombres y las máximas del mundo, y no las de Jesucristo, en quien reside corporalmente la plenitud de la divinidad.

La doctrina de Jesucristo estaba en El Hortensio; San Agustín no echaba de menos en él sino el nombre del Salvador. Y a este hombre extraordinario que en medio de las sombras del gentilismo volvía sensibles y palpables los preceptos del Espíritu Santo; que ha convertido paganos en

cristianos, libertinos en Padres de la Iglesia; ¿a éste le condenáis, judíos, por vicioso y corruptor? San Hierosmo era apasionado de Cicerón, pues bien; los ángeles le cogieron un día, según la tradición jesuítica, y le castigaron ese amor gentil con doscientos azotes. ¿Con cuántos le castigarán a San Agustín nuestros católicos por haberse dejado seducir y corromper por Cicerón? «Cicerón, explayando su divina inteligencia según las reglas de la Academia, sentó los principios de religión, moral y filosofía, todo conforme con la mente de Dios mismo respecto de la humana criatura.» El sistema de Cicerón, dicen los críticos, es el esfuerzo mayor y más sublime que nunca ha hecho el hombre en estado de idolatría, para elevarse al fin puro y dichoso a que se halla destinado. Erasmo, con el libro de Los Deberes en la mano, con el de Las Leyes, abismado en profunda admiración, decía que el corazón que había dado cabida a tales afecciones, la cabeza que había concebido tales ideas, no pudo menos que estar inspirada por la Divinidad. *Dubitare non possum quin illud pectus, unae ista prodierunt, aliqua divinitas occupavit.*

En presencia de la verdad negada, la sabiduría desconocida, la virtud hollada a los pies del vicio; en presencia de la mentira coronada, la ignorancia ahíta de riquezas y honores, la mala fe encendida a manera de antorcha universal; cuando vemos al inicuo de regidor de pueblos, al impío que derroca altares, al homicida triunfante; aturdidos por ese tropel del género humano que corre ciego a estrellarse contra los siglos venideros, sin mirar en las virtudes, a las cuales atropella como animal selvático; tenemos ímpetus de exclamar como el orador sagrado que está mirando a sus plantas un mar de pecadores contumaces. «¡Oh Dios!, ¿en dónde están tus escogidos?»

Desde que Veleyo Patérculo hizo la apología de Cicerón en las barbas de Tiberio, ya nadie se ha atrevido a poner lengua en tan célebre romano. Cremucio Cordo acababa de recibir del déspota la orden de quitarse la vida, por haber encomiado a Tito Livio, historiador poético que reviste a la libertad con las alas de los seres divinos. Veleyo, babeando todavía la sangre de Cremucio, toma de la tumba a Cicerón, y le coloca entre los dioses inmortales, por su amor a la libertad y a las virtudes. Tiberio, estupefacto, no dijo nada: justicia y valor aterran algunas veces a los tiranos, Quintiliano fue afectísimo a Cicerón y le llamó «el más virtuoso de los grandes hombres». Marcial, adulador de otro tigre que vivía de sangre humana, va persiguiendo por la eternidad entre las sombras de los réprobos al asesino de Marco Tulio, y amonesta a los hombres de todos los siglos a no perder de vista al infame Antonio y castigarle con su execración perpetua. Volveréis a decir que éstos son gentiles, y añadiréis, convirtiendo a vuestra causa el principio de Bentham que autoridad gentílica no es razón, así como autoridad religiosa no es razón. San Hierosmo, San Agustín, Erasmo, no son gentiles; más si en todo caso gustáis de ejemplares de nuestro tiempo, oíd exclamar lleno de júbilo a Francisco Petrarca, presbítero de la religión cristiana, hombre de bien y católico además: «¡Por fin me fue dado conocer a Cicerón, aunque al borde del sepulcro!» Esto decía, habiendo hallado él mismo las cartas a Ático, donde se presenta el orador antiguo en toda la sublime desnudez del hombre justo. Dion Casio, griego asalariado por los tiranos, historiador sin verdad ni decoro, fue mortal enemigo, no de Cicerón solamente, sino también de todos los hombres célebres que habían resplandecido por la práctica de las virtudes. Mas sus injurias y calumnias no cundieron: sus diatribas, puesto que rebosando en negro talento, no mancillaron la honra del virtuoso escritor; antes por el contrario, esas oleadas de impureza no hicieron sino poner de manifiesto la tersura de su vida. A la vuelta de algunos años, el emperador Severo Alejandro tributaba a Cicerón, en un santuario oculto de su palacio, adoración junto con Platón y Moisés y Severo Alejandro fue uno de quien se ha dicho, que si el género humano hubiese de elegir un rey absoluto, universal y perpetuo, habría elegido a ese emperador. El infame Dion Casio mismo no alega en sus sátiras otra autoridad que la de un cierto Tufio Caleno, sacrílego que se había atrevido primero que todos a echar su sobrealiento pestífero en

la sombra augusta de Marco Tulio Cicerón. Como Virgilio, éste tuvo su Mevio y su

Bavio y es natural: grande hombre, hombre de genio, oficial del Todopoderoso en el mundo, circundado de un arco iris invisible para los perversos, el cual no brilla sino a los ojos de Dios y de los justos; hombre de esta naturaleza, digo, sin envidiosos, perseguidores y detractores, no se ha visto. ¡Así, llegue algún día a los oídos de los malos la voz que, saliendo de la eternidad, rompe los siglos, y dice al que yace muerto en las tinieblas: «¡Levántate, oh tú, que duermes el sueño de la muerte, y Cristo te iluminará!» El malo sigue durmiendo, y esa voz no ha rotpido aún su torpe sueño. Sueño de muerte es el pecado; sueño de infierno, el crimen.

Pudiera yo honrarme con el silencio respecto de cargo tan gratuito como temerario, de afirmar que soy enemigo de Jesucristo, yo que no puedo oír su nombre sin un delicado y virtuoso estremecimiento de espíritu, que me traslada como por ensalmo al tiempo y a la vida de ese hombre celestial. Enemigos, no los tiene Jesucristo; los malos cristianos, los católicos de mala fe son los que los tienen. Los oráculos de la gentilidad misma declararon que Jesús era hombre puro, ser extraordinario comparecido en el mundo para fines secretos de la Providencia; pero que los cristianos, por fatalidad eterna, desmerecían de él y eran acreedores a la ira de los dioses. No lo digo yo; lo dice el oráculo de Porfirio, en el cual creyó por ventura San Luis, rey de Francia, cuando se opuso ahincadamente a que un Kan de Tartaria convertido al cristianismo viniese a visitar las ciudades de Europa. Temió el santo rey que en presencia del espectáculo horrible de las ciudades católicas y los ministros de la religión, aquel bárbaro se volviese a su creencia primitiva. Suponiendo que el Redentor no hubiera sido sinopersona mortal, yo, y todo hombre de bien, haría lo posible por imbuir a los pueblos en la idea de que era Dios. Si despojásemos a ese gran profeta de su carácter de divino, pondríamos a las sociedades humanas al borde de un abismo: el hombre no basta para contener al hombre; es necesario el Dios, pues no todos gozamos la prerrogativa del filósofo verdadero. ¿Cuáles son las ventajas de la filosofía?, preguntaba un materialista a un cirenaico, bien como zahiriéndolo con un retintín irónico. La de que pudiéramos los que la profesamos, respondió el filósofo, vivir sin leyes, absolutamente como vivimos con ellas. Si todos fuéramos filósofos de ese linaje, pudiéramos quizá vivir sin Dios visible, como vivimos con Jesucristo, pero en este océano de ignorancias, malicias, inclinaciones perversas, anhelos desordenados, ímpetus feroces, desmayos tristes, abatimientos y miserias, el género humano ha menester freno y apoyo a un tiempo; freno y apoyo que pone y ofrece la religión, no sea que, hirviendo en furiosa anarquía, corra deshecho a los infiernos por el canal de las impiedades y los crímenes. Renán, Peyrat y todos los que se han levantado en nuestro tiempo a negarle su parte divina a Jesucristo, no le habrían hecho buena obra a la especie humana, aun cuando hubieran demostrado sus proposiciones. En todo caso, una gran alegoría levantada en el Oriente y crecida hasta llenar el mundo; alegoría sublime que simboliza la sabiduría, la virtud y la felicidad, respeto y veneración infundiera, y no deseo de arruinarla, por flujo de erudición y soberbia. Los ateos que trabajan por destruir a Dios, son la figura de los anti-cristianos que se consumen por robarle la divinidad a Jesucristo. Así como no alcanzo cuál sería la ganancia de los hombres con perder por convencimiento su Criador; así no descubro su adelanto con dejar en Jesucristo un individuo simple y llano como nosotros. Si es error el mío, ¡no me lo arranquéis!, ese error me consuela, me salva, bien como al viejo Catón le consolaba la doctrina de la inmortalidad, y suplicaba a los incrédulos de su siglo no le arrancasen tan saludable convencimiento. Si la divinidad de Jesucristo fuera un error, los trescientos millones de cristianos que cubren la mitad de la tierra, tendrían derecho para levantarse y decirles a los que la combaten: No os arranquéis, por Dios, este error que nos consuela y nos vuelve dichosos.

Hay un ser perfectísimo cuya esencia está escondida en los misterios de la eternidad: nadie osa tocarle, por sus tradiciones sacrosantas: el espíritu divino desciende sobre él, y como la luz a la estatua de Memnon la hacía dar suspiros armoniosos, así le hace propagar oráculos propicios a los hombres, y advierte al mundo lo que ha de cumplir y lo que ha de evitar para su bien. El pueblo le respeta, se contiene en su presencia, obra como lo manda Dios. Llega un sabio y dice: «este hombre de carne y hueso es como todos nosotros: ¡abajo el impostor!» ¿Será digno de aplauso ese sabio impudente y necio? Si él supo que ese ente extraordinario era como cualquiera de nosotros, ¿por qué no guardó para sí la noticia perjudicial a todos, útil a nadie?, ¿qué gana él con que los pueblos dejen de creer que en ese cuerpo humano está encerrado el espíritu divino? El descubrimiento de la verdad, responde el falso sabio. ¿Este sabio no sabe, sin duda, que el pueblo debe ignorar muchas cosas ciertas y creer muchas falsas? Varrón, el más sabio de los romanos, no pensaba que la política ni la religión consistieran en entregar la verdad desnuda a la plebe, sino en ocultarle muchas cosas: ley antigua, muy antigua, observada desde las religiones primitivas en pueblos donde no había vivir sin misterios profundos, como los sepultados en las Pirámides del Nilo. ¿Con quién sustituís a Jesucristo, tal cual le conocemos y adoramos los cristianos, oh vosotros que estáis andando tras él con el hacha de la Comuna? ¿No tenéis aún un Dositeo yo presumo, o habéis descubierto un Simón Mago? Temed que vuestro profeta no se os vuelva turco cuando vais a buscarle, como les sucedió no ha mucho a los judíos. No, vosotros no queréis un Barcohebás ni un Menando para desbancarle con él a Jesucristo; queréis la «autonomía individual», como dicen los que no saben lo que dicen: la anarquía en lugar del orden, la obscuridad sobre la luz, la nada contra el todo que llena el universo. Dejadle a Jesucristo como es y como está; si le quitáis la divinidad dejáis una caparazón no mayor ni más excelsa que la de Mahoma, o la de cualquier otro hombre hábil de los que han conseguido embaucar al mundo y volverle su esclavo en provecho del error y la soberbia.

Ente sobrehumano habrá sido en verdad Jesús, cuando allí mismo, a las puertas de su muerte, los gentiles llenos de misterioso respeto, le tributaban adoración. Tiberio quiso clasificarle con los dioses del Olimpo; según Lampridio, Adriano le erigió templos; y Alejandro Severo le veneró poniéndole junto con las almas de Abrahán y Orfeo. Los más encarnizados enemigos de Jesús nunca se atrevieron a irrogarle injuria ninguna: Volusiano, Juliano el Apóstata, Celso confiesan los hechos maravillosos que, por inspiración y poder divino, andaba consumando por donde iba envuelto en luz, rodeado de amor, santificando la tierra con su mirada y su palabra. Simón Mago, Elimás, Apolonio de Thiasa y otros muchos falsos profetas comparecieron, porque, según la sublime expresión de Bossuet, el infierno hacía su último esfuerzo: ¿cuál de ellos ha prevalecido? Si Jesucristo fuera simple mortal como ellos, impostor además, que venía a venderse por hijo de Dios, hubiera corrido la suerte de esos bribones, quienes inmediatamente cayeron en desprecio y olvido, a pesar de las llamas que echaban por la boca. Si el Cristo compuesto de las dos naturalezas, la divina y la humana, no prevaleciera en mis afecciones, yo no caería en el error de Renan y de Peyrat, sino en el de los docetas; esa súbita aparición de un ser desconocido en figura de hombre por las orillas del Jordán, tiene poder terrible en mi imaginación; pero el raciocinio echa luego en tierra esa concepción más poética que filosófica. El Jesucristo puramente divino destruye uno de los más hermosos y profundos misterios; y luego esa cuna que rueda en el pesebre, esa madre apasionada, esos humildes pañales, ese fundador y esos fundamentos de la democracia, ¿adónde irían? Marción, Valente, Manés y otros negaron la humanidad de Jesucristo: para esos novadores no tenía sino cuerpo fantástico, impalpable y extraño a las necesidades del hombre. Lo cual es falso, por testimonio de los gentiles mismos. Léntulo, gobernador de la Judea, dando cuenta de Jesús al emperador, dice, es verdad, que «no se le ha visto reír»; pero sí llorar muchas veces. Que comió por costumbre, nadie lo niega; dormir, dormía

las horas que ha menester según la higiene un hombre de sus años. Ese pelo de belleza inefable; esa barba en forma de herradura de color indecible; esa mirada casi infinita, donde la inmortalidad está yendo y viniendo en ondas de gloria; esa boca por la cual se asoma a cada paso el Verbo divino; ese porte majestuoso; esa mansedumbre grave; ese amor que experimenta e infunde como afecto superior a lo humano; todo, todo está probando que en ese hombre hay algo de divino, que en ese ser divino hay algo de humano. Seré tan hereje como gustéis, católicos de la cuchilla; mi Jesucristo, dejádmelo, así como lo describo y le guardo en mi profundo pecho.